

LA FAMILIA DE LOS ORTEGA Y LOS GASSET

José Ortega Munilla (1856-1922) fue un escritor y periodista, padre de José Ortega y Gasset. Buena parte de su carrera estuvo ligada al periódico *El Imparcial*, del que llegó a ser director durante más de treinta años. En su faceta como novelista estuvo adscrito al realismo literario. Fue muchísimo tiempo eje de la vida nacional; con un artículo derribaba un Gobierno; ponía su visto bueno a Gabinetes políticos; desdeñaba carteras, el insigne escritor que era halagado por todos los gobernantes.»

«Los Ortega y los Gasset han estado siempre en contra de dogmatismos y absolutismos. Gasset Montaner fracasó en su lucha contra Fernando VII y tuvo que huir de la Corte. Eduardo Gasset y Artime, abuelo del filósofo, fundó y dirigió el diario *El Imparcial*, de talante liberal. El primer suplemento literario en un diario se lo confió mi tatarabuelo a un periodista joven y prometedor: Ortega Munilla, padre José Ortega y Gasset. Nosotros, los Ortega, representamos el optimismo a ultranza.»
[María Antonia Ortega, sobrina nieta de José Ortega y Gasset]

Ortega Munilla se casó en 1881 con una hija del fundador de *El Imparcial*, Dolores Gasset y Chinchilla (1860-1939) y tuvieron cuatro hijos:

- Eduardo Ortega y Gasset 1882-1965)
- José Ortega y Gasset (1883-1955)
- Rafaela Ortega y Gasset (1884-1940)
- Manuel Ortega y Gasset (1885-1965)

«Mi madre estaba delicada. En 1889 se inauguró la Exposición de París con la Torre Eiffel. Mis padres fueron a París y mi padre quiso que viera a la enferma Jean-Martin Charcot (1825-1893), el eminente neurólogo de la Salpêtrière. El diagnóstico: *Vous êtes une femme épuisée par les accouchements*. Los cuatro Ortega hubimos de venir al mundo entre el 11 de abril de 1882 y el 9 de septiembre de 1885, sin un solo dos.

Aquel hogar nuestro era un recinto perfecto. Lo presidía inequívocamente una mujer en la que conjugaban la fe religiosa acrisolada y el amor humano, que se traducían en absoluta entrega de su ser a los suyos, junto con una generosa comprensión de las flaquezas de todos. Amor y distinción me parece que son las palabras que cuadran para expresar el tono de aquella casa nuestra.» [Manuel Ortega y Gasset (hermano menor de Ortega): *Niñez y mocedad de Ortega*. Madrid: C.L.A.V.E, 1964, p. 36]

JOSÉ ORTEGA Y GASSET (1883-1955)

El pasado no nos dirá lo que debemos hacer, pero sí lo que deberíamos evitar. (Ortega y Gasset)



Ortega y Gasset fue un filósofo y ensayista, exponente principal de la teoría del perspectivismo y de la razón vital e histórica, situado en el movimiento del novecentismo. Ortega y Gasset ejerció una gran influencia en la filosofía española del siglo XX no solo por la temática de su obra filosófica, sino también por su estilo literario ágil, que le permitió llegar fácilmente al público general.

Fue una de las personalidades españolas más brillantes de la primera mitad del siglo XX. Hijo de Ortega y Munilla y nieto de Eduardo Gasset, ambos periodistas y promotores de periódicos. Ortega dirá más tarde: "Nací en una rotativa".

José Ortega y Gasset (1883-1955) nació en Madrid en el seno de una familia perteneciente a la clase media culta que, aunque tradicional, aspira a vivir los tiempos nuevos ("a la altura de los tiempos", que diría Ortega) y desempeña un papel importante en la época de la Restauración (1874-1931).

Toda su infancia transcurre en Córdoba, El Escorial y San Juan de La Luz.

En 1890, sus padres construyen una casa en Córdoba por el benigno clima de la región que le habían recomendado a su madre, que estaba delicada y padecía desfallecimientos del corazón que la inquietaban grandemente.

En Córdoba pasan los Ortega todos los inviernos, debido a la benignidad del clima, pero los veranos los van a pasar en Madrid, debido al trabajo de Don José Ortega Munilla como director del periódico *El Imparcial*.

«Continuaba en la cabeza de mis padres la idea de buscar un colegio, ya con internado, porque pensaban que no estaba de más un poco de disciplina. La madre, que todavía mandaba en jefe (buena señal), giró visita al colegio de Nuestra Señora del Recuerdo, de los Padres Jesuitas, en Chamartín de la Rosa. Vio las camarillas que no tenían cielo abierto y se formó una idea, tal vez poco fundada, de que allí no había demasiada higiene.

Se hallaba en casa de visita el ingeniero militar que nos había hecho el gracioso hotelito de que se hacían lenguas la gente. "¿Y el colegio de Palo de Málaga?", propuso el buen amigo. El colegio de San Estanislao de Kostka de Palo, un vastísimo edificio, con patio de recreo y con camarillas

a cielo corrido, resolvió por completo las dudas de mi madre, y allá ingresaron mis dos hermanos mayores en el mes de septiembre de 1891.» [Manuel Ortega y Gasset, o.c., p. 46 ss.]

En este colegio permanecerá Ortega hasta que cumple catorce años.

«Cuando muchos años más tarde castigaba Ortega con mano cruda el tono de la enseñanza en los jesuitas, debo reconocer que tenía casi toda la razón. Nos daban las clases unos novicios, más o menos adelantados en su carrera eclesiástica, que acerca de las materias que se cursaban no tenían otro bagaje que el libro de texto vigente. No había que pensar en que de aquellos santos jóvenes viniera a nuestra mente alguna idea original o comprensiva de los temas que íbamos cursando. [...]

Un hombre, joven aún, un religioso, sorprendió en Ortega lo excepcional: el padre Gonzalo Coloma. La primera entrevisión del genio en aquel niño la tuvo este buen religioso. Hermano del autor de *Pequeñeces* [Luis Coloma pasó de un costumbrismo de sus *Lecturas recreativas* (1884) a la sátira social de la novela *Pequeñeces* (1891)], cultivaba más el verso que la prosa. Lo que sí tenía era un gusto delicado y una buena cultura de humanidades, que fue con lo que envolvió a mi hermano Pepe, comenzando por el griego. De las manos de este religioso sacó Pepe su iniciación en la lengua clásica. Ejerció el padre Gonzalo sobre él un efusivo mecenazgo intelectual. Fue un noble influjo moral que rodeó a mi hermano algunos años. Lo que sí hacía bien el padre Coloma era predicar: dicción algo florida y contenido mucho más vivaz e interesante que el que campeaba entonces en el púlpito.

Yo no puedo pensar otra cosa sino que la vida de mis hermanos en el colegio, como la mía, cuando me llegó el turno, fue plenamente feliz. No acierto a colegir qué motivos odiosos pudieron descubrirseles en aquella dulce arcadia mediterránea. La gota de luz, que dijo luego Ortega.» [Manuel Ortega, o.c., p. 49 ss]

En las vacaciones del colegio de Córdoba, los hermanos pasaban el verano en Madrid.

«Salían en el verano mis hermanos como potros recién destrabados. Se les daban en vacaciones cuantos goces podían apetecer –toros, bicicletas, teatros–, dentro de una cierta limitación que venía marcada por el temperamento de mi padre. Es decir, que se nos retenía demasiado. Veíamos en torno a los chicos de nuestra edad campar libremente, en tanto que nosotros permanecíamos reclusos en aquella jaula de la calle Goya, 6. [...] En aquellos veranos era frecuente que nos llevara a visitar algunos museos aquel crítico de arte y gran amigo de mi padre que era Francisco Alcántara. Somnífica contemplación de escayolas, porque se nos llevaba generalmente al Casó y no al Prado.

Mañanas eternas, tardes interminables, exceso de sujeción y los ánimos comprimidos por una disciplina innecesaria. También por aquí faltaba la

alegría. Y al pie del enorme atril, teníamos que esperar la hora del almuerzo, en tanto que otros chicos de nuestra misma edad llegaban a casa según la medida de su voluntad, sin broncas ni reconvenciones. [...]

Cuando encontró a faltar la alegría en torno, a echar de menos la vida sin interrogantes ni extrañezas, Pepe era ya un hombre.» [l.c., 55 ss]

El ambiente político en España durante la infancia de Ortega y Gasset:

«Es el momento de aludir a la ideología de mis hermanos. Pepe vino al mundo en 1883, cuando presidía los consejos de Alfonso XII don Práxedes Mateo Sagasta. Propiamente, no era este ni más ni menos liberal que don Antonio Cánovas del Castillo; pero los niños de entonces que oíamos hablar de política identificábamos la idea liberal con aquel simpático señor de innegable talento, del que se decía que era un hábil político marrullero y de compleja trastienda, pero que eran tan cándido y tan inocente como una chiquilla del Sacré Coeur. Se suerte que, si esto era una idea, en ella estuvimos hasta que vinieron los tiempos que dieron en tierra con todo.» [Manuel Ortega, o. c., p. 48]

En 1893, los Ortega trasladan su residencia a Madrid, a la calle de Goya, No. 5.

En 1897, cursa Ortega el último año en el Colegio del Palo. El 23 de octubre obtiene el título de bachiller en el Instituto de Málaga con la nota de "sobresaliente" y le apremiaba cambiar, por lo que resolvió no volver. Ortega no guardaba buenos recuerdos del colegio hasta el final de su bachillerato en Miraflores del Palo en 1897. En 1910 hará una despiadada crítica contra la pedagogía jesuítica en el colegio del Palo:

«Yo pongo la mano a modo de visera para resguardarme las pupilas de esa refulgencia excesiva en que flotó mi infancia, y entonces descubro la misma niñez triste y sedienta que formó el corazón tembloroso de *Bertuco*, el pequeño héroe de Ayala [*A. M. D. G.: La vida en los colegios de jesuitas*].

La risa es la expresión de un alma saludable y elástica, unificada y con sus funciones íntegras. Si esto es así, para que un alma fina pueda permitirse el lujo de reír necesita creer con fe profunda estas tres cosas: que hay una ciencia merecedora de tal nombre, que hay una moral que no es una ridiculez, que el arte existe. Pues bien; los jesuitas le llevarán a burlarse de todos los clásicos del pensamiento humano: de Demócrito, de Platón, de Descartes, de Galileo, de Spinoza, de Kant, de Darwin, etc.; le acostumbrarán a llamar moral a un montón de reglas o ejercicios estúpidos y supersticiosos: de arte no le hablarán nunca.

Aún esto fuera pasadero si la desmoralización a que conduce la pedagogía jesuítica se detuviera ante la idea de la fraternidad humana. Pero... apenas entra *Bertuco* en el Colegio escucha de labios de aquellos benditos Padres una palabra feroz, incalculable, anárquica: los nuestros... Los nuestros no son los hombres todos: los nuestros son ellos solos.

Bertuco verá la humanidad escindida en dos porciones: los jesuitas y luego los demás. Y oirá una vez y otra que los demás son gente falsa, viciosa, dispuesta a venderse por poco dinero, ignorante, sin idealidad, sin mérito alguno apreciable. Por el contrario, los nuestros, los jesuitas, son de tal condición específica que, a lo que parece, no se ha condenado ninguno todavía.

Saldrá *Bertuco* del Colegio inutilizado para la esperanza: por muy graves esfuerzos de reflexión que haga jamás logrará vencer una desconfianza original, un desdén apriorístico ante los demás hombres. En cambio, estudios un poco más serios, meditaciones más vigorosas le harán insoportable el recuerdo de los nuestros: los vicios de que ellos acusaban al común de las gentes parecerán a *Bertuco* aletear con grandes alas torpes en torno a los edificios jesuíticos.

Y entonces le parecerá que se alza de la historia un hedor horrible de materia, y si mira en torno creará ver un desierto de hombres habitado por lascivos orangutanes.

¿A quién podrá extrañar que *Bertuco* renuncie a toda labor social cuando avance en la vida? Las hormigas al tiempo que hinchán sus trojes subterráneas saben morder el grano en tal sitio que, sin matarlo, impiden su germinación. San Ignacio, santo administrativo y organizador, ha dotado a sus hijos espirituales con el arte maravilloso de utilizar las criaturas para la mejor gloria de Dios, y como las mejores no se resignan fácilmente al papel de instrumentos, se las utiliza inutilizándolas.

Los jesuitas han educado a los hijos de las familias españolas que viven en mayor holgura. De ellos tenían que haber salido los hombres constructores de la cultura nacional, productores de un ambiente público más fecundo. Pero no han salido: los jesuitas, mordiendo las porciones más enérgicas de sus almas, los han inutilizado *ad majorem Dei gloriam*. ¡Adiós unidad del espíritu, adiós impetuosidad cordial, adiós afán por hacer mejor el mundo en que vivimos!» [Ortega y Gasset, José: "Al margen del libro «A. M. D. G.»", en *Obras completas*. Madrid: Revista de Occidente, 1963, vol. I, p. 534-535]

Los años que pasó Ortega hasta la pubertad en el colegio de los jesuitas del Palo no fomentó en él la fe de su infancia, más bien despertó su curiosidad intelectual y la conciencia de que las ideas religiosas de aquellos religiosos no eran consistentes por excesivamente dogmáticas. ¿Dejó Ortega el colegio de los jesuitas tras sufrir una crisis religiosa? Esta sería la opinión de su discípulo Julián Marías: "Desde muy pronto Ortega perdió la fe católica en que había sido criado. En rigor, aparece públicamente sin ella, en sus escritos juveniles en 1902, a los diecinueve años". [Julián Marías: *Ortega: Circunstancia y vocación*. Madrid, 1973, vol. I, p. 127]

«En 1897, mi hermano Pepe fue enviado a la Universidad de Deusto. No se le quiso dejar aquí al comenzar su carrera, por lo que pudiera tronar. Alguna figura deliciosamente graciosa del cándido pero certero

maquiavelismo de mi madre, en relación con las coyundas de los hijos, pudo ser la causa decisiva de la nueva reclusión de Pepe ya en la carrera. Es de justicia hacer constar que la buena madre acertó siempre en sus vaticinios de este orden, pero es igualmente imperioso advertir que fracasó en todas sus previsiones.

En la Universidad de Deusto comenzó Ortega las dos carreras de Letras y Derecho en una dualidad de preocupación que le embargó.» [Manuel Ortega y Gasset, o. c., p. 67-68]

Estudiar Derecho era el prerrequisito, para Ortega la coartada, para poder estudiar filosofía que era su verdadera vocación, pero en aquella época, en el ámbito académico español, se tenía el estudio de la filosofía como algo que no tenía futuro y que solo se lo podían permitir los ricos o los chalados.

En Ortega va despertando poco a poco su verdadera vocación intelectual: la filosofía y la crítica de las ideas de su tiempo. Esto origina diferencias ideológicas con Ortega Munilla, su padre, pero el hijo se va imponiendo.

El joven Ortega seguía arrastrando la pesadumbre de aquella dichosa carrera de Derecho, que no le interesaba lo más mínimo, pero no se sentía con fuerzas para dejarla y frustrar así a sus padres.

«Ya a fines del verano de 1903, se advertía en Ortega el malestar del que quiere corregir con urgencia su rumbo sin atreverse a tomar una resolución. [...] Pero al volver la familia del verano, cambiaron las cosas de pronto. De la Residencia de los jesuitas llegó una carta para mi padre. A los pocos días nos enteramos de que mi hermano Pepe había abandonado *per sécula* la carrera de Derecho. Vinimos a saber que el padre Gonzalo Coloma había escrito a nuestro padre pidiéndole que fuera a verle. El aire y la actitud de mi hermano habían cambiado radicalmente, de mohíno y preocupado al más encendido contento. Mi hermano había rogado al padre Gonzalo Coloma que pusiera por obra en relación con nuestro padre. Con esta mediación, quedó nobilísimamente clausurado el ciclo de las relaciones entre el religioso y mi hermano, que habían durado once años.» [Manuel Ortega y Gasset, o.c., p. 81 ss]

En 1898 tienen lugar los exámenes de fin de curso en Salamanca, que absuelve con excelentes calificaciones. Uno de sus examinadores fue Miguel de Unamuno. Pasa a la Universidad Central en Madrid a estudiar Derecho y Filosofía.

Los veranos los pasa en Guadalajara en la finca de su tío Rafael Gasset Chinchilla, que fue diputado, ministro, en varias ocasiones, propulsor de las obras hidráulicas en España y también escritor. Allí llevaba el tío al joven Ortega cuando tenía catorce años.

«Es obligado aprovechar la coyuntura para aludir a las aficiones tauromáquicas de mi hermano, que han tenido en su historial contradictorios avatares. En la corraliza de mi tío había una pequeña vacada. Pero eran breves estas expansiones y cortas las ausencias de

Madrid. Había que volver en seguida al agobio del verano monótono de la capital, y seguía el leer y leer. La estampa biográfica de Ortega presenta el contraluz entre el tono mate de su infancia contrastado con el fulgor de su primera madurez. Aficiones y gustos parecen chocar violentamente con la distinción de su espíritu genial, que va a venir enseguida. Lo fue todo a un tiempo, y no tuvo tiempo para ser precoz. Le vemos flotar en las altas cotas del pensamiento conservando su amor y su gusto hacia lo sencillo, con tal de que sea efectivo. Ama las mentes humildes que no llegan a más. Y declara con toda su boca que no le gustan *Las afinidades electivas*, de Goethe, y se dolía, casi como de una desgracia de familia, de que el mismo genio que dio el *Werther* hubiera caído en la tontuna cursilona de llamar *Poesía* a una de las jacas que montaba.» [Manuel Ortega y Gasset, o.c., p. 71-73]

En 1902, tras abandonar sus estudios de Derecho, se licencia en Filosofía y Letras en la Universidad de Madrid con una nota de "sobresaliente".

En 1904, se doctora en Filosofía y Letras en la Universidad de Madrid con la tesis doctoral *Los terrores del año mil. Crítica y leyenda*. Tenía 18 años.

En 1910, contrajo matrimonio con Rosa Spottorno, y en 1911, nació su primer hijo, que le puso el nombre de Miguel en honor a Miguel de Cervantes. En 1914, nació su hija, Soledad, y en 1916, su hijo José, que fue ingeniero agrónomo y fundador del periódico *El País*.

Pensionado por el Gobierno español desde 1904 hasta 1908, completó su formación en las universidades alemanas de Leipzig, Berlín y Marburgo. En Marburgo estudia con los neokantianos Hermann Cohen y Paul Natorp.

«Yo había estudiado un semestre en Leipzig. Allí tuve el primer cuerpo a cuerpo desesperado con la *Crítica de la razón pura*, que ofrece tan enormes dificultades a una cabeza latina.

Al semestre siguiente fui a Berlín. Vivía con una pequeña pensión del Estado español que había obtenido mediante un concurso. La peseta se hallaba entonces moribunda y mi pensión, al pasar la frontera, se contraía tanto, que yo solo podía comer. En cambio, tenía las bibliotecas, donde compensaba mi voracidad.

Hacia 1908 estuve un año entero en Marburg y en 1911 volví, pero esta vez recién casado. Allí nació mi primer hijo. Nació en un mayo florido, el día de San Germán. Por esta razón le llamé Miguel Germán. Miguel era también el nombre de un muy viejo amigo mío, de un español profundo y pobre, que anduvo por los caminos del mundo ocultando bajo la sonrisa más cortés el corazón más dolorido. Pero... tal vez ustedes tengan algunas noticias de él: ese Miguel es Miguel de Cervantes.

Marburg era el burgo del neokantismo. Se vivía dentro de la filosofía neokantiana como en una ciudadela sitiada, en perpetuo: ¡Quién vive! Todo en torno era sentido como enemigo mortal: los positivistas y los

psicologistas, Fichte, Schelling, Hegel. Se les consideraba tan hostiles, que no se les leía.

En Marburg se leía solo a Kant y, previamente traducidos al kantismo, a Platón, a Descartes, a Leibniz. El gobernador de la ciudadela, Cohen, era una mente poderosísima. Cohen obligó a tomar contacto íntimo con la filosofía difícil y, sobre todo, renovó la voluntad de sistema, que es lo específico de la inspiración filosófica.

Sin embargo, propiamente hablando, en Marburg no se enseñaba filosofía. Era preciso saberla ya de antemano, traerla aprendida desde el vientre de la madre. Los neokantianos no disparaban las mentes jóvenes hacia problemas abiertos sobre que fuese posible e interesante trabajar. No se conocían más cuestiones que las resueltas ya en su canon. [...]

El grupo de jóvenes que entre 1907 y 1911 aprendía en la ciudadela del neokantismo los usos de la milicia filosófica, al llegar a los veintiséis años no era ya neokantiano.» [Ortega y Gasset, José: "Prólogo para alemanes" (1958), en *Obras completas*. Madrid: Revista de Occidente, 1962, vol. VIII, p. 27-28]

Sobre Kant y el pensamiento kantiano:

«Durante diez años he vivido dentro del pensamiento kantiano: lo he respirado como una atmósfera y ha sido a la vez mi casa y mi prisión. Yo dudo mucho que quien no haya hecho cosa parecida pueda ver con claridad el sentido de nuestro tiempo. En la obra de Kant están contenidos los secretos decisivos de la época moderna, sus virtudes y sus limitaciones.» [Ortega y Gasset, José: "Kant – Reflexiones de centenario (1724-1924)", en *Obras completas*. Madrid: Revista de Occidente, 1966, vol. IV, p. 25]

A fines de 1910, Ortega gana por oposición la cátedra de Metafísica de la Universidad Central de Madrid, pero lejos de comenzar su docencia, se traslada a primeros de 1911 a Marburgo para profundizar en el neokantismo con Hermann Cohen. Y es en este año cuando se da cuenta de las limitaciones del sistema neokantiano y volvió a Madrid con la necesidad de enriquecer el esquema del conocimiento.

Desde su cátedra, con artículos en la prensa y a través de su revista y editorial *Revista de Occidente* (1923-1936), Ortega difundió las tendencias filosóficas y culturas del primer cuarto del siglo XX, con traducciones de las obras más representativas de los pensadores alemanes, franceses, etc.

En 1914 publicó *Meditaciones del Quijote*, donde plasmó los grandes trazos de su primer pensamiento filosófico y su intento de superar el idealismo de sus maestros alemanes.

Hacia finales de la década de 1920 comenzó la llamada "etapa raciovitalista" de su filosofía, en la que abordó una nueva profundización que reflejan, entre otras obras, *Kant (1724-1924): Reflexiones de centenario* (1929), *En*

torno a Galileo (1933), *Ideas y creencias* (1940) e *Historia como sistema* (1941).

Liberal republicano y opuesto a la dictadura del general Miguel Primo de Rivera (1923-1930), contribuyó a la caída del rey Alfonso XIII, de la propia institución monárquica y la proclamación de la II República (1931-1936). Creó un grupo político, *Agrupación al Servicio de la República*, en el que también militaron Gregorio Marañón y Ramón Pérez de Ayala y por cuyas listas fue elegido diputado a las Cortes Constituyentes en 1931.

En septiembre de 1931, herido por las primeras decepciones como la quema de conventos (OC, XI, 297), afectado por el malestar ante lo que algunos republicanos hacían por "contraer la vida española, angostar el horizonte, dejar que triunfe la inspiración pueblerina", y sabiendo que expresaba el sentir de una cantidad inmensa de españoles que colaboraron en el advenimiento de la República con su acción, con su voto y con su esperanza, Ortega escribió su famoso "¡No es esto, no es esto!", y con enorme visión de futuro añadió: "La República es una cosa. El radicalismo, otra. Si no, al tiempo" (OC, XI, 387). Con Marañón y Pérez de Ayala firmó el manifiesto que comunicaba a los españoles la disolución de la *Agrupación al Servicio de la República*.

Al estallar la Guerra Civil en 1936, Ortega abandonó España. Residió en Francia, Países Bajos, Argentina y Portugal, y no regresó a su país hasta 1945. No volvió a ocupar su cátedra universitaria.

En octubre de 1938, Ortega, que venía arrastrando una septicemia, regresa de Holanda a París, donde es operado de urgencia de la vesícula biliar, de la que le extraen una piedra. Se traslada con su mujer al sur de Portugal para proseguir su recuperación y pensando que el país de Salazar puede ser una buena lanzadera para su futuro regreso a España.

«El mes de agosto de 1945, Ortega regresa a España para estar cerca de sus hijos, y porque está convencido de que el régimen español evolucionará y él podrá volver a influir en el destino nacional. Ha entrado por la frontera portuguesa y se dirige a Zumaya, en la costa vasca, para pasar unas semanas de vacaciones con su familia. Allí espera coincidir con Zubiri y con otros amigos como Marañón, Zuloaga o Teófilo Hernando. Quiere sondear las perspectivas de su andadura personal en la España de la posguerra, aunque todavía no está totalmente decidido a fijar su residencia en España.

La prensa da la noticia de la vuelta de Ortega con notable satisfacción. Su regreso se vende como expresión de su aceptación del franquismo: "España está aquí y es justamente lo que es. Y porque lo es, Ortega vuelve a ella". En el seno del régimen, el alicaído sector falangista, que siempre ha puesto algunas de sus raíces ideológicas en la filosofía orteguiana, desea la implicación de Ortega en tareas políticas de primer orden.

En septiembre, el propio Serrano Súñer escribe a Franco sugiriéndole que nombre a don José ministro. Franco anota en la carta un rotundo “no”, con el añadido, de su puño y letra, de un “Je,Je”.

En noviembre de 1945, Ortega llega a Madrid, tras pasar unos meses en Guipúzcoa. Se instala en un piso que le ha alquilado su hija y congrega a sus fieles para resucitar la tertulia de la *Revista de Occidente*. Les convoca en los antiguos locales de la *Revista*: allí acuden Fernando Vela, Alfonso García Valdecasas, Paulino Garagorri, Julián Marías, Julio Caro Baroja, Edgar Neville y muchos otros; en alguna ocasión, también Xavier Zubiri.

Como en los viejos tiempos, pero en unas circunstancias bien distintas, conversan sobre el presente cultural, la situación política y social de España y de Europa y sus posibilidades de futuro; analizan lo que pasó o lo que pudo pasar y no pasó en los años tan duros de las guerras; recuerdan a sus viejos amigos ausentes y comentan las últimas novedades filosóficas. Una vez dedican un tiempo a comentar el libro de Sartre, *El ser y la nada*, recién publicado.

Ortega celebra el encuentro con sus viejas amistades, pero percibe que las cosas han cambiado mucho. De verse habitualmente, durante la República, con las principales cabezas de la nación, ha pasado a reunirse con un grupo de fieles a su persona que no pintan casi nada ni en lo político ni en lo social.

Xavier Zubiri vuelve a disfrutar de la compañía de Ortega, con quien sale a pasear por el parque del Retiro y a quien invita a cenar a su casa regularmente. En diciembre, en un artículo titulado “El filósofo Xavier Zubiri”, Pedro Laín celebra a Ortega y Zubiri como grandes filósofos españoles.

El 4 de mayo de 1946, tras diez años de ausencia, Ortega aparece en el escenario cultural español dictando la conferencia inaugural de la nueva etapa que se abre en el Ateneo. Ortega va a disertar sobre la “Idea del teatro”. Comienza reconociendo que vuelve viejo a un país cambiado y manifiesta su deseo de dialogar con toda una generación de jóvenes que nunca le ha visto ni escuchado. Cuando desde la cultura oficial se insiste constantemente en la ruptura que representó la Victoria nacional, Ortega afirma como un imperativo la continuidad en la vida española.

A continuación, pronuncia unas frases desafortunadas que, fuera de su contexto, constituyen lo que casi todo el mundo recordará de su intervención: “Este horizonte histórico de España que es hoy más que nunca el horizonte universal, es superlativamente problemático; pero esto significa sólo que está lleno de tareas. de cosas que hay que hacer y que hay que saber hacer. Ello es que mientras los demás pueblos se hallan enfermos..., el nuestro, lleno, sin duda, de defectos y pésimos hábitos, da la casualidad que ha salido de esta etapa turbia y turbulenta con una sorprendente, casi indecente salud”. Dicho esto, Ortega es interrumpido por una sonora ovación. Aclara de inmediato que se refiere a “una salud

histórica, no pública”, salud social del pueblo español recuperada tras el trauma de la guerra. [...]

Pero casi todos los presentes, y toda la prensa al día siguiente, interpretan o glosan lo dicho como una adhesión del conferenciante al régimen de Franco, hacedor de la nueva y definitiva “figura” de España, principal responsable de esa supuesta buena salud que Ortega atribuye a España.

José Ortega y Gasset no se salva de toda una panoplia de interpretaciones tendenciosas divulgadas por los periódicos que van a oscurecer, para muchos definitivamente, su figura y su pensamiento.

Ortega pretende volver a representar su papel de líder social, intentando usar a su favor los estamentos oficiales. No renuncia a transmitir, aunque sea soterradamente, sus ideas políticas y aspira a influir en las más altas autoridades, comenzando por el propio Caudillo, para que consideren sus propuestas sociales y políticas, que apuntan a una España diferente de la que ahora hay. No cuestiona el presente del país, resultado de la guerra, pero se niega a una ruptura con los valores que juzga positivos en el pasado republicano. [...]

Ortega, fiel a su trayectoria de siempre, firme en su vocación política y cultural, ha dado comienzo a su andadura con un sonado fracaso. Intentará otras iniciativas que no resultarán mucho mejor.» [Jordi Corominas Escudé / Joan Albert Vicens: *Xavier Zubiri: la soledad sonora*. Madrid: Taurus, 2006, p. 525 ss]

En 1948 Ortega funda el *Instituto de Humanidades*, junto con su discípulo Julián Marías (1914-2005). “Lo organizamos Marías y yo, porque somos dos insensatos que no tenemos nada que perder.” El Instituto de Humanidades sirvió para convocar a un par de decenas de personas eminentes, que colaboraron con entusiasmo en los trabajos del Instituto, con un nivel que nada tenía entonces. El curso de Ortega, “Sobre una nueva interpretación de la Historia Universal”, atrajo un público de unas seiscientas cincuenta personas, una muestra del Madrid de hace medio siglo, que asistía a algo desconocido desde hacía largo tiempo, que había parecido impensable.

«El segundo curso, 1949-1950, fue aún más interesante. El curso de Ortega, “El hombre y la gente”, tuvo que darse en el cine Barceló, cuyas 1.300 localidades no dejaban un puesto vacío. Llovieron los ataques, los comentarios negativos, las manipulaciones y falsificaciones. Ortega habló de las “sabandijas periodísticas”. Los periódicos podían publicar reseñas de veinte líneas de las actividades; si pasaban de esa extensión, la censura tachaba el exceso. Algunos artículos míos, en que contestaba a otros calumniosos, fueron prohibidos íntegramente.

Ortega se sintió fatigado de los esfuerzos necesarios para poder seguir adelante, de las resistencias que había que vencer, tal vez de la escasez de las ayudas que parecían obligadas. Por otra parte, la demanda que se ejercía sobre él desde otros países, particularmente desde Alemania, lo

movía a viajar. Esto lo decidió a "interrumpir" las actividades del Instituto y acudir a otros quehaceres que le parecían apremiantes. No se olvide que Ortega sentía preocupación por Alemania, país que le parecía necesario dentro de Europa, irrenunciable, por el cual había que velar para que su recuperación interna fuera posible. Sentía que era menester no dejarla sola.

Conviene recordar que pocos años después, concretamente desde 1956, se inició en España un movimiento destinado a negar todo lo que se había hecho con libertad e independencia desde el final de la Guerra Civil, para fingir el "comienzo" de algo muy distinto y bastante dudoso. Esto llevó a intentar "borrar" el Instituto de Humanidades y su significación.» [Julián Marías: "Humanidades hace medio siglo", Madrid, 26 de febrero de 1998]

Acostumbrado antes de la guerra a ser un referente ideológico de las nuevas generaciones, a Ortega le desanima especialmente que casi no asistan jóvenes a sus lecciones.

Xavier Zubiri sigue con escepticismo las actividades del Instituto de Humanidades de Ortega y Julián Marías, y se molesta porque Ortega se las da de perseguido por el régimen. Algunos sectores afines al régimen tienden a valorar a Zubiri en detrimento de Ortega. El régimen intenta captar a Zubiri para sus fines propagandísticos y Ortega vuelve a padecer una ofensiva despiadada procedente del tradicionalismo católico, cuyo fin último es que la Santa Sede incluya sus obras en el *Índice* eclesiástico de libros prohibidos. Una decisión de este estilo significaría la desaparición oficial del panorama cultural español: sus obras no podrían ser vendidas en las librerías, ni enseñadas en la universidad, ni consultadas en las bibliotecas. Se editan panfletos destinados a presentar a Ortega como un pensador venenoso para el catolicismo.

En 1949, los simpatizantes de Ortega promueven su candidatura al premio Nobel de literatura y consiguen que la Facultad de Filosofía de Madrid y la Real Academia la lleguen a apoyar; mientras, el Gobierno hace lo posible para que no prospere al tiempo que promociona a su candidato oficial, Ramón Menéndez Pidal. Finalmente, los galardonados son el filósofo Bertrand Russel y el novelista William Faulkner.

Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, Ortega es invitado a dar conferencias en Alemania (Centenario de Goethe) y en Norteamérica.

A su muerte en 1955, se desencadenaron en España protestas estudiantiles contra el gobierno de Franco. El caudillo destituye al ministro de Enseñanza Joaquín Ruiz Jiménez y al rector de la Universidad de Madrid Pedro Laín Entralgo.

Su muerte produjo en España una gran conmoción nacional y su entierro constituyó un acontecimiento intelectual y político importante para los inicios de la transición española de la dictadura a la democracia, que culminaría con la Constitución de 1978.

En 1959, Julián Marías publica el libro *La escuela de Madrid* y otorga a esta denominación condición histórica. Con ella se quiere designar un movimiento español parejo al existencialismo y, en algún sentido, superior a él. Los orteguianos ven en Zubiri un representante de la Escuela de Madrid y, los que no lo son, un existencialista cristiano. "Ortega nos está liberando ahora del existencialismo, un servicio que no se le ha reconocido" (Fernando Vela). Zubiri no es un existencialista cristiano, pero tampoco se siente cómodo con la adscripción a la Escuela de Madrid porque, aunque reconoce su deuda con Ortega, no se considera orteguiano.

Ortega y Gasset, famoso por su crítica humanista de la civilización contemporánea, fue uno de los pensadores más significativos e influyentes del siglo XX. Fue el gran divulgador de la cultura europea en España.

Lector de Nietzsche en su juventud, de él tomó la teoría de la elite y la masa y un cierto vitalismo fue evolucionando hasta elaborar su teoría del *raciovitalismo* con el que intenta superar el idealismo neokantiano aprendido en Marburgo: La razón es un órgano de la vida. Hasta ahora se ha vivido para la religión, la filosofía, etc., ahora hay que vivir para la vida, este será el *Tema de nuestro tiempo*.

José Ferrater Mora distinguió tres etapas: objetivismo (1902-1914), perspectivismo (1914-1923) y raciovitalismo (1924-1955). Julián Marías mantuvo una posición contraria a cualquier especificación de etapas o períodos y presupuso una unidad sustancial en la obra orteguiana desde el primer momento.

Puede decirse que tuvo como compañeros permanentes de navegación a Nietzsche, Kant, Leibniz y Max Scheler. Brentano y Husserl fueron decisivos, y la fenomenología tuvo una presencia continuada, aunque sutil, en su obra.

La lectura de *Ser y tiempo* de Heidegger, en 1927, constituyó un impulso determinante para la profundización de ciertos aspectos de sus planteamientos filosóficos.

Aunque en 1932 declara: «Tengo con este autor una deuda muy escasa. Apenas hay uno o dos conceptos importantes de Heidegger que no preexistan, a veces con anterioridad de trece años, en mis libros.» [Ortega y Gasset, José: "Pidiendo un Goethe desde dentro" (1932). En *Obras completas*. Madrid: Revista de Occidente, 1962, vol. IV, p. 403 n.]

En los años 1930-31 su historicismo recibió un impulso decisivo de los planteamientos del filósofo de la historia y la cultura alemán Wilhelm Dilthey (1833-1911).

También debe destacarse que Ortega estuvo abierto a las ideas no sólo de filósofos, sino de cualquiera cuyos planteamientos encontrase interesantes, como Joaquín Costa, Oswald Spengler, Renán, Taine, Goethe, J. von Uexküll, H. Driesch, Leo Frobenius, Einstein, Mommsen, etc.

Ortega heredó de la generación del 98 su preocupación por España y por la renovación cultural del país. Preocupación que formuló dramáticamente al escribir:

«Dios mío, ¿qué es España? En la anchura del orbe, en medio de las razas innumerables, perdida en el ayer ilimitado y el mañana sin fin, bajo la frialdad inmensa y cósmica del parpadeo astral, ¿qué es esta España, este promontorio espiritual de Europa, esta como proa del alma continental? ¿Dónde está -decidme- una palabra clara, una sola palabra radiante que pueda satisfacer a un corazón honrado y a una mente delicada, una palabra que alumbre el destino de España?» (*Obras completas*, I, 360).

Pero Ortega, cuya labor literaria se remonta a 1902, no pertenece ideológicamente al 98, como tampoco se le puede considerar "hijo del 98". Como escribe Torrente Ballester:

«El impulso intelectual que mueve al joven Ortega tiene, por una parte, raíces familiares, y por otra se relaciona con el movimiento llamado krausista, o, por lo menos, con los nombres y las instituciones de él derivadas. Social e intelectualmente, Ortega pertenece a un nuevo tipo de escritor.

Su posición desahogada, su inicial seguridad, le eximen de adoptar la típica máscara, la habitual defensa del noventayochista contra el ambiente. Su cultura no es autodidáctica, sino universitaria del mejor cuño, completada en los centros intelectuales de más prestigio en la Europa de entonces.

Cuando Ortega y Gasset regresa de Alemania, se ha inaugurado en la vida intelectual española un nuevo tipo, característico de una nueva generación: a él pertenecen, salvadas las diferencias individuales, Pérez de Ayala, D'Ors y Marañón.

La sociedad española les recibirá como *intelectuales*, y todavía en 1949 se esforzará Ortega en hacer comprender las características de esta figura, cuya designación, durante casi cincuenta años, ha tenido un claro matiz peyorativo.» [Torrente Ballester, Gonzalo: *Panorama de la literatura española contemporánea*. Madrid: Guadarrama, 1961, vol. 1, p. 246-247]

OBRAS DE ORTEGA Y GASSET

La cortesía del filósofo es la claridad. (Ortega)

«Ortega y Gasset es uno de los más grandes escritores españoles, cuyas calidades de estilo dieron especial intensidad y eficacia a sus obras, era además un extraordinario orador universitario y conferenciante.

Su influencia en España fue temprana y profunda; después, mediante traducciones a todas las lenguas importantes, se convirtió en la figura más universal y representativa de la cultura española.

Al mismo tiempo, su actividad de escritor, y también de inspirador de publicaciones importantes y de traducciones de libros decisivos, contribuyó mucho a superar el aislamiento intelectual de España y a ponerla "a la altura del tiempo", hasta hacer de ella uno de los países menos provincianos de Europa» (Julián Marías y P. Laín Entralgo: *Historia de la filosofía y de la ciencia*. Madrid: Guadarrama, 1964, p. 319).

El estilo de Ortega y Gasset es muy literario, contiene metáforas y su ingenio en el lenguaje permite compararlo con el de *El Quijote*, esto dio lugar a que su obra llegara al público en general.

Se ha discutido mucho si Ortega fue un literato, un periodista o un filósofo. El hecho de que una buena parte de sus primeras publicaciones sean comentarios y críticas literarias, muestra el interés de Ortega por la literatura y la importancia de lo literario en su obra general.

Por otro lado, casi toda su obra publicada antes de su muerte había aparecido publicada en los principales periódicos de su época. Por la calidad de su prosa, habría que incluirlo en el club de los literatos.

Su expresión es chispeante, con un tono de ironía (juegos de palabras) y de humor. Otro rasgo del estilo de Ortega es su tendencia a la dramatización de las ideas, acorde con su pensamiento: la vida es un drama, un quehacer del hombre con sus circunstancias.

En cuanto al Ortega filósofo, algunos lo consideran más bien como un brillante ensayista y le niegan la categoría de pensador original. Ortega expuso sus ideas en un estilo brillante de gran calidad literaria, y lo hizo desde lo que él llamaba la "plazuela pública", el periódico.

Ortega es un representante genuino de "intelectual moderno", figura que surgió a finales del XIX en Francia a raíz del caso Dreyfus (capitán de artillería de origen judío, acusado en París de traición en 1893; Émile Zola publicó una exaltada carta en el periódico parisino *L'Aurore* en enero de 1898, titulada *J'accuse*, acusando a las autoridades de haber mentado).

El intelectual moderno adquiriría así el poder espiritual de influir en la opinión pública y en la política haciendo uso de los nuevos medios de comunicación de masas. Y esto es lo que intentó Ortega en España.

Ortega nació en el seno de una familia acomodada madrileña, con un importante peso en el mundo de la prensa y de la literatura.

Según Ricardo Senabre (*Lengua y estilo en Ortega y Gasset*, Universidad de Salamanca, 1964), la prosa de Ortega da la impresión de verso libre, la voluntad rítmica es característica del modernismo (Valle Inclán) y Ortega se muestra desde muy temprano inclinado a este movimiento. Ortega usa

mucho la metáfora como medio intelectual para dar claridad ideológica a los temas más abstractos.

Se trata, sobre todo, de metáforas que expresan la idea central de Ortega: la vida como dinamismo, aventura, drama, tensión, lucha. Así encontramos imágenes bélicas (flecha, arco, lanza, puñal), imágenes del cazador (hombre alerta), imágenes del toreo (pugna del hombre con los problemas de su contorno), imágenes marítimas (navegación, sumergirse irremisiblemente dentro de la vida), la imagen del naufragio para expresar la patética soledad del hombre frente a las cosas.

«La metáfora es el auténtico nombre de las cosas, y no el término técnico de la terminología.

El Término –en este sentido, no de concepto, sino de vocablo que lo designa–, el término técnico es una palabra cadáver, esterilizada, asepticada, y que por lo mismo se ha convertido en ficha y ha dejado de ser viviente nombrar, esto es, de ejecutar ella por sí esa operación y función que es “decir la cosa” y llamamos *nombrar*.

En el momento en que un nombre se convierte en término técnico, lejos de decirnos él la cosa, de traérnosla y hacérnosla visible, tenemos inversamente que buscar por otros medios la cosa que el término designa, verla bien y sólo entonces entendemos el término. Una terminología es todo lo contrario de una lengua.

Pensar que durante más de treinta años –se dice pronto– he tenido día por día que soportar *en silencio, nunca interrumpido*, que muchos pseudointelectuales de mi país descalificaban mi pensamiento, porque “no escribía más que metáforas” –decían ellos. Esto les hacía triunfalmente sentenciar y proclamar que mis escritos no eran filosofía. ¡Y claro que afortunadamente no lo eran! si filosofía es algo que ellos son capaces de segregar.

Ciertamente que yo extremaba la ocultación de la musculatura dialéctica definitoria de mi pensamiento, como la naturaleza cuida de cubrir fibra, nervio y tendón con la literatura ectodérmica de la piel donde se esmeró en poner el *stratum lucidum*.

Parece mentira que antes mis escritos –cuya importancia, aparte de esta cuestión, reconozco que es escasa– nadie haya hecho la generosa observación que es, además, irrefutable, de que en ellos no se trata de algo que se da como filosofía y resulta ser literatura, sino por el contrario, de algo que se da como literatura y resulta que es filosofía.

Pero esas gentes que de nada entienden, menos que de nada entienden de elegancia, y no conciben que una vida y una obra puedan cuidar esta virtud. Ni de lejos sospechas por qué *esenciales y graves razones*, es el hombre el animal elegante. *Dies irae, dies illa.*» [Ortega y Gasset: *La idea de principio en Leibniz y la evolución de la teoría deductiva*. En *Obras completas*, 1962, vol. VIII, p. 292 n.]

Los terrores del año mil. Crítica de una leyenda (tesis doctoral - 1904)

Vieja y nueva política (1914)

Conferencia dada en el Teatro de La Comedia de Madrid el 23 de marzo de 1914.

«La Liga de Educación Política se propone mover un poco de guerra a esas políticas tejidas exclusivamente de alaridos, y por eso, aun cuando cree que sólo hay política donde intervienen las grandes masas sociales, que sólo para ellas, con ellas y por ellas existe toda política, comienza dirigiéndose primero a aquellas minorías que gozan en la actual organización de la sociedad del privilegio de ser más cultas, más reflexivas, más responsables, y a éstas pide su colaboración para inmediatamente transmitir su entusiasmo, sus pensamientos, su solicitud, su coraje, sobre esas pobres grandes muchedumbres dolientes.» (Ortega)

Meditaciones del Quijote (1914)

Esboza a grandes rasgos su primer pensamiento filosófico, en el que fue muy clara la influencia de Immanuel Kant. Sus reflexiones sobre el hecho artístico las amplió en 1925 con la publicación de *La deshumanización del arte*.

En el prólogo enuncia lo que sería el núcleo de su pensamiento filosófico. Esta obra constituye una metafísica de la vida, así como la visión de una España en potencia.

«Cuanto es hoy reconocido como verdad, como belleza ejemplar, como altamente valioso, nació un día en la entraña espiritual de un individuo, confundido con sus caprichos y humores. [...] Mi salida natural hacia el universo se abre por los puertos del Guadarrama o el campo de Ontígola. Este sector de realidad circunstante forma la otra mitad de mi persona: sólo a través de él puedo integrarme y ser plenamente yo mismo. [...] Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo.» (Ortega: OC, I, p. 321-322)

El Espectador (en 8 volúmenes, 1916-1934)

Recopilación de artículos y comentarios en periódicos y revistas.

España invertebrada (1921)

España está invertebrada, desorganizada y lleva en su esencia una incapacidad de existir como nación. Partiendo del concepto de decadencia, Ortega denuncia la deficiente estructuración de la sociedad española, causada por la inexistencia de unas minorías selectas. Considera que los males de España están ya presentes, al menos su germen, en el débil reino de los visigodos.

Ortega analiza el origen de las causas que históricamente han provocado una debilidad constitutiva de la sociedad española.

Para Ortega, en España no ha habido decadencia porque tampoco hubo nunca momento de verdadera grandeza, y esto remite a un defecto constitutivo y a unas insuficiencias originarias provenientes de una germanización muy débil y de un consecuente feudalismo también muy débil, lo que a su vez involucraba una falta de vitalidad en las minorías rectoras del país. Esto originó un pueblo vigoroso (OC, III, 121) al que de siempre ha faltado una minoría rectora egregia y vital.

El tema de nuestro tiempo (1923)

«Yo he publicado un libro en 1923 que con cierta solemnidad –tal vez la madurez de mi existencia me invitaría hoy a no emplearla– se titula *El tema de nuestro tiempo*; en ese libro, con no menos solemnidad, se declara que el tema de nuestro tiempo consiste en reducir la razón pura a "razón vital".» [Ortega y Gasset]

Esta es la obra fundamental de su metafísica temprana. En ella superaba la dependencia de su educación neokantiana, al anteponer la vida al pensamiento para ofrecer una razón vital que viene a reemplazar a la razón pura de sus predecesores. La vida es un proceso continuo y las circunstancias destruyen y alteran el papel de la razón.

El descubrimiento de la vida como realidad radical exige un método desde el que ésta se haga accesible: es la razón vital, concebida como una misma cosa con el vivir, puesto que "*la razón es sólo una forma y función de la vida*". Se trata de una nueva concepción de la razón superadora del racionalismo de la "razón pura", como expresión de la modernidad.

Según esta nueva formulación, la razón "*es tan sólo una breve isla flotante sobre el mar de la vitalidad primaria; lejos de sustituir a ésta, tiene que apoyarse en ella, nutrirse de ella como cada uno de los miembros vive del organismo entero*" (OC, III, 177). Éste es el tema de nuestro tiempo: "*la razón pura tiene que ceder su imperio a la razón vital*" (OC, III, 178).

La deshumanización del arte (1925)

Reflexiones sobre el hecho artístico. Ortega analizó las tendencias literarias y artísticas de después de la Primera Guerra Mundial (1914-1918) y las caracterizó como arte deshumanizado, dando con ello una visión crítica y en cierto modo descriptiva de la estética de la generación literaria del 27. Ortega conceptúa la nueva estética como "arte para minorías", literatura refinada de evasión que no sabe asimilar el vulgo, diagnostica en estas tendencias estéticas la búsqueda de una estilización deformadora y una huida de las formas vivas de la realidad; un antipopularismo y una tendencia a ser arte de minorías, de aristocracia; una visión del quehacer estético como un juego sin transcendencia.

«Se ha dicho que el nuevo estilo, tomado en su más amplia generalidad, consiste en eliminar los ingredientes 'humanos, demasiado humanos', y

retener sólo la materia puramente artística. Esto parece implicar un gran entusiasmo por el arte.

Pero al rodear el mismo hecho y contemplarlo desde otra vertiente sorprendemos en él un cariz opuesto de hastío o desdén. La contradicción es patente e importa subrayarla. La metáfora escamotea un objeto enmascarándolo con otro, y no tendría sentido si no viéramos bajo ella un instinto que induce al hombre a evitar realidades.» (José Ortega y Gasset: *La deshumanización del arte*, 1925)

Espíritu de la letra (1927)

«Nunca he podido leer las páginas de un libro sin que por deliciosa repercusión se levantasen dentro de mí bandadas de pensamientos, cuyo vuelo diverso ha amenizado mi vida. En estos artículos, que ahora reúno bajo el título de *Espíritu de la letra*, he procurado capturar la ruta aérea de alguno de esos pájaros interiores.» (Ortega)

Mirabeau o el político (1927)

«La política de Mirabeau no tiene oscuridad alguna. Como los hechos de todo un siglo se encargaron de comprobar, fue la obra más clara que se intentó en la Revolución Francesa.

Si algo en el mundo tiene derecho a causar sorpresa y maravilla, es que este hombre, ajeno a las Chancillerías y a la Administración, ocupado en un tráfigo perpetuo de amores turbulentos, de pleitos, de canalladas, que rueda de prisión en prisión, de deuda en deuda, de fuga en fuga, súbitamente, con ocasión de los Estados Generales, se convierta en un hombre público, improvise, cabe decir en pocas horas, toda una política nueva, que va a ser la política del siglo XIX (la Monarquía constitucional); y esto, no vagamente y como germen, sino íntegramente y en su detalle; crea no sólo los principios, sino los gestos, la terminología, el estilo y la emoción del liberalismo democrático según el rito del Continente.

En un instante, Mirabeau ve en todo su futuro desarrollo la nueva política, y ve más allá aún: ve sus límites, sus vicios, sus degeneraciones y hasta los medios de desacreditarla, que han sido, en efecto, lo que siglo y medio más tarde la han traído al desprestigio.

Quien quiera convencerse de que este hecho portentoso ha acaecido y no es una fantasía ni un inexacto encarecimiento, lea cualquier libro sobre Mirabeau.» (Ortega)

Kant (1724-1924): Reflexiones de centenario (1929)

«Durante diez años he vivido dentro del pensamiento kantiano: lo he respirado como una atmósfera y ha sido a la vez mi casa y mi prisión. Yo dudo mucho que quien no haya hecho cosa parecida pueda ver con claridad el sentido de nuestro tiempo.

En la obra de Kant están contenidos los secretos decisivos de la época moderna, sus virtudes y limitaciones. Merced al genio de Kant, se ve en

su filosofía funcionar la vasta vida occidental de los cuatro últimos siglos, simplificada en aparato de relojería. Los resortes que con toda evidencia mueven esta máquina ideológica, el mecanismo de su funcionamiento, son los mismos que en vaga forma de tendencias, corrientes, inclinaciones, han actuado sobre la historia europea desde el Renacimiento.

Con gran esfuerzo me he evadido de la prisión kantiana y he escapado a su influjo atmosférico. No han podido hacer lo mismo los que en su hora no siguieron largo tiempo su escuela. El mundo intelectual está lleno de gentiles hombres burgueses que son kantianos sin saberlo, kantianos a destiempo que no lograrán nunca dejar de serlo porque no lo fueron antes a conciencia.

Estos kantianos irremediables constituyen hoy la mayor rémora para el progreso de la vida y son los únicos reaccionarios que verdaderamente estorban. A esta fauna pertenecen, por ejemplo, los "políticos idealistas", curiosa supervivencia de una edad consunta.

De la magnífica prisión kantiana sólo es posible evadirse ingiriéndola. Es preciso ser kantiano hasta el fondo de sí mismo, y luego, por digestión, renacer a un nuevo espíritu.» (Ortega)

La rebelión de las masas (1930)

Una de sus obras más destacadas y, a la vez, la más polémica, la que le hizo internacionalmente famoso. Analiza los comportamientos sociales de las "masas", que para Ortega conformaban la base de la sociedad característica de la edad contemporánea. Ortega aboga por la creación de los Estados Unidos de Europa para contrarrestar el nacionalismo y el declive europeo.

En este ensayo critica la influencia destructiva del hombre-masa, del individuo mediocre. Las masas sin una elite intelectual y moralmente superior sería víctimas del autoritarismo. "La gran desgracia de la historia española ha sido la carencia de minorías egregias y el imperio imperturbado de las masas". Las masas nunca han creado la cultura. Para mantener los logros de la cultura occidental es necesario reconocer el protagonismo de una minoría intelectual que es la que la ha hecho posible la cultura, que se encuentra amenazada por el ascenso del "hombre masa".

El primer reconocimiento internacional de Ortega provino del éxito y relevancia de este libro, que muy pronto fue traducido a las más importantes lenguas europeas. En este libro, prefiguró Ortega futuros fenómenos sociales que marcaron el devenir del siglo XX.

«Mi tesis es, pues, esta: la perfección misma con que el siglo XIX ha dado una organización a ciertos órdenes de la vida es origen de que las masas beneficiarias no la consideren como organización, sino como naturaleza. Así se explica y define el absurdo estado de ánimo que esas masas

revelan: no les preocupa más que su bienestar y al mismo tiempo son insolidarias de las causas de ese bienestar.

Como no ven en las ventajas de la civilización un invento y construcción prodigiosos, que sólo con grandes esfuerzos y cautelas se puede sostener, creen que su papel se reduce a exigirlos perentoriamente, cual si fuesen derechos nativos. En los motines que la escasez provoca suelen las masas populares buscar pan, y el medio que emplean suele ser destruir las panaderías. Esto puede servir como símbolo del comportamiento que en más vastas y sutiles proporciones usan las masas actuales frente a la civilización que las nutre.»

Goethe desde dentro (1932)

«Es casi risible la mala inteligencia que ha habido sobre Goethe. Este hombre se ha pasado la vida buscándose a sí mismo o evitándose –que es todo lo contrario que cuidando la exacta realización de sí mismo.

Esto último supone que no existen dudas sobre *quién* se es o que, una vez averiguado, el individuo está decidido a realizarse; entonces la atención puede vacar tranquilamente a los detalles de la ejecución.

Una enorme porción de la obra de Goethe –su Werther, su Fausto, su Meister– nos presenta criaturas que van por el mundo buscando su destino íntimo o... huyendo de él. [...]

En este sentido me permito mostrar superlativa extrañeza ante todo el hecho de que se considere lo más natural del mundo que un hombre de desarrollo tan prematuro como Goethe, que antes de los treinta años ha creado ya, aunque no terminado, todas sus grandes obras, se encuentre en el friso de los cuarenta preguntándose todavía por los caminos de Italia si él es poeta, pintor u hombre de ciencia, y que en 14 de marzo de 1788 escriba desde Roma:

“Por vez primera me he encontrado a mí mismo y he coincidido felizmente conmigo”. Y lo más grave del caso es que también entonces se trataba, por lo visto, de un error y durante decenios va a seguir peregrinando en busca de ese “sí mismo” con que ilusoriamente creyó tropezar en Roma. [...]

Los profesores alemanes han hecho esfuerzos hercúleos para cohonestar lo que esas obras de Goethe *son* y las ideas de Goethe sobre la vida, sin conseguir, claro está, su convencional propósito.

Mucho más fértil fuera lo inverso: partir de la contradicción evidente entre esa concepción optimista de la naturaleza, esa confianza en el cosmos que inspira todas las relaciones de Goethe con el universo, y la constante, afanosa preocupación por su vida propia, por sí mismo, que le hace no abandonarse un momento.» [Ortega y Gasset, J.: “Pidiendo un Goethe desde dentro” (1932). En: *Obras completas*. Madrid: Revista de Occidente, 1962, vol. IV, p. 407-408]

En torno a Galileo (1933)

En 1933 Ortega quiso conmemorar el tercer centenario de la condena de Galileo Galilei (1564-1642), dictando un curso sobre aquella primera generación de hombres – René Descartes (1596-1650), filósofo, científico y matemático, considerado el fundador de la filosofía moderna, Francis Bacon (1561-1626), filósofo y estadista, uno de los pioneros del pensamiento científico moderno, y el propio Galileo– que vivieron y pensaron, desde una nueva perspectiva histórica, la Edad Moderna, abandonando las convicciones teológicas que habían sostenido el mundo medieval, por una nueva fe: la "razón pura".

Ortega se propuso fijar la situación vital de aquellas generaciones entre 1550 y 1650 que instauraron el pensamiento moderno.

Miseria y esplendor de la traducción (1937)

«Es cosa clara que el público de un país no agradece una traducción hecha en el estilo de su propia lengua. Para esto tiene de sobra con la producción de los autores indígenas. Lo que agradece es lo inverso: que llevando al extremo de lo inteligible las posibilidades de su lengua transparezcan en ella los modos de hablar propios al autor traducido. Las versiones al alemán de mis libros son un buen ejemplo de esto.

En pocos años se han hecho más de quince ediciones. El caso sería inconcebible si no se atribuye en sus cuatro quintas partes al acierto de la traducción. Y es que mi traductora ha forzado hasta el límite la tolerancia gramatical del lenguaje alemán para transcribir precisamente lo que no es alemán en mi modo de decir.

De esta manera el lector se encuentra sin esfuerzo haciendo gestos mentales que son los españoles. Descansa así un poco de sí mismo y le divierte encontrarse un rato siendo otro.» (Ortega)

Estudios sobre el amor (1939)

Fueron publicados primeramente como folletones en el diario *El Sol*, de Madrid, en los años 1926 y 1927, y después reunidos en un libro del que apareció en 1933 la traducción alemana, antes de la primera edición española, que no fue puesta a la venta hasta 1941. Este libro se convertiría en uno de los libros más difundidos y estudiados de Ortega y Gasset.

«Hablemos del amor, pero comencemos por no hablar de "amores". "Los amores" son historias más o menos accidentadas que acontecen entre hombres y mujeres. En ellas intervienen factores innumerables que complican y enmarañan su proceso hasta el punto que, en la mayor parte de los casos, hay en los "amores" de todo menos eso que en rigor merece llamarse amor.

Es de gran interés un análisis psicológico de los "amores" con su pintoresca casuística; pero mal podríamos entendernos si antes no averiguamos lo que es propia y puramente el amor.» (Ortega)

Ideas y creencias (1940)

Ortega mantiene que el apoyo del diálogo del hombre con el mundo, en el que consiste la vida, no está en las ideas personalmente asumidas y filosóficamente justificadas, sino en las creencias que le vienen dadas de la época y del contorno ambiental en que vive. Son las creencias las que permiten la explicación causal más radical y determinante de las grandes transformaciones históricas acaecidas en Europa.

Las ideas se tienen; en las creencias se está. "Hay ideas *con* que nos encontramos –por eso las llamo ocurrencias– e ideas *en* que nos encontramos, que parecen estar ahí ya antes de que nos ocupemos de pensar.

De las ideas-ocurrencias podemos decir que las producimos, las sostenemos y hasta somos capaces de morir por ellas. Lo que no podemos es... vivir *de* ellas. Con las creencias propiamente no *hacemos* nada, sino que simplemente *estamos* en ellas. En la creencia se está, y la ocurrencia se tiene y se sostiene. Pero la creencia es quien nos tiene y sostiene a nosotros." (Ortega)

Historia como sistema (1941)

Ortega insistió en que la vida humana era la realidad radical porque a ella se refieren y en ella adquieren sentido todas las demás realidades (OC, VI, 13). Pero la vida humana no se da hecha, sino por hacer, poniendo en juego un sistema de preferencias que implican unas convicciones básicas en las que estamos y que constituyen un sistema de radicales creencias como estrato más profundo de la arquitectura de nuestra vida (OC, VI, 14).

El hombre no tiene naturaleza, sino que tiene historia: "En suma, *que el hombre no tiene naturaleza, sino que tiene... historia*. O, lo que es igual: lo que la naturaleza es a las cosas, es la historia -como *res gestae*- al hombre" (OC, VI, 41).

"El hombre no tiene naturaleza. El hombre no es su cuerpo, que es una cosa; ni es su alma, psique, conciencia o espíritu, que es también una cosa. El hombre no es cosa ninguna, sino un drama -su vida, un puro y universal acontecimiento que acontece a cada cual y en que cada cual no es, a su vez, sino acontecimiento.

Todas las cosas, sean las que fueren, son ya meras interpretaciones que se esfuerza en dar a lo que encuentra. El hombre no encuentra cosas, sino que las pone o supone. Lo que encuentra son puras dificultades y puras facilidades para existir.

El existir mismo no le es dado 'hecho' y regalado como a la piedra, sino que -rizando el rizo que las primeras palabras de este artículo inician, diremos- al encontrarse con que existe, al acontecerle existir, lo único que encuentra o le acontece es no tener más remedio que hacer algo para no dejar de existir.

Esto muestra que el modo de ser de la vida ni siquiera como simple existencia es ser ya, puesto que lo único que nos es dado y que hay cuando hay vida humana es tener que hacérsela, cada cual la suya" (OC, VI, 32).

Por eso, para Ortega, la historia no es sino "*la ciencia de la realidad radical que es mi vida*". Es la idea de "razón histórica": la vida como razón se esfuerza por comprenderse a sí misma; la razón, desde su historicidad, comprende la vida humana tanto en sí misma como en sus actuaciones y productos.

Papeles sobre Velázquez y Goya (1950)

Velázquez (1955)

«La pintura hasta Velásquez había querido huir de lo temporal y fingir en el lienzo un mundo ajeno e inmune al tiempo, fauna de eternidad.

Nuestro pintor intenta lo contrario: pinta el tiempo mismo que es el instante, que es el ser en cuanto que está condenado a dejar de ser, a transcurrir, a corromperse. Eso es lo que eterniza y esa es, según él, la misión de la pintura: dar eternidad precisamente al instante –icasi una blasfemia!

He aquí lo que para mí significa hacer del retrato principio de la pintura. Este hombre retrata el hombre y el cántaro, retrata la forma, retrata la actitud, retrata el acontecimiento, esto es, el instante. En fin, ahí tienen ustedes *Las Meninas*, donde un retratista retrata el retratar.» (Ortega)

El hombre y la gente (1957 – Obra póstuma)

El hombre y la gente responde, en primer lugar, a la vieja inquietud orteguiana en torno a la soledad expuesta en *Unas lecciones de Metafísica* según la cual metafísica es soledad. Ortega despliega esta tesis dotándola de matices significativos.

Ortega profundiza también el estudio del polo correlativo al yo viviente: el mundo (OC, VII, 115-116). El mundo no es primariamente dado como un conjunto de cosas/entes, sino de cosas-asuntos de la vida, es decir, de todo lo que nos importa y concierne (OC, VII, 117). Las cosas-asuntos aparecen siempre en el marco del mundo y este marco las precede y, a la vez, las excede y envuelve en un horizonte. Por eso forman una totalidad abierta; es decir, el mundo no puede ser dado a modo de un objeto o sistema de objetos.

«En el área de nuestra vida encontramos lo social, los hechos sociales – los usos, el derecho, el Estado–. Estos hechos sociales están adscritos

únicamente a los hombres; en los demás entes no encontramos nada que merezca llamarse *social*, pues las llamadas “sociedades animales” tienen muy otro sentido. Lo social es, pues, un hecho de la vida humana.

Pero esto plantea un grave problema, porque la vida humana es siempre *mía*, la de cada cual, la de cada uno de nosotros. Es vida individual o personal, y consiste en que el *yo* se encuentra en una *circunstancia* o mundo, sin tener la seguridad de existir en el instante inmediato y teniendo siempre que estar haciendo algo para asegurar esa existencia.

Humano es, pues, propiamente, lo que hayo yo mismo, lo personal, lo que tiene para mí un sentido y, por tanto, lo entiendo. La acción humana, pues, supone un sujeto responsable, y la vida es, por esencia, *soledad*. En cambio, lo social no surge en mi soledad, sino en la *convivencia* con los demás hombres. No es, pues, vida en su sentido primario. [...]

Las acciones sociales son, pues, humanas, y no otra cosa; pero no se originan en el individuo, no se queridas por él ni muchas veces entendidas siquiera: no comprendemos el sentido de estrechar y sacudir la mano en un saludo. [...]

Se ha contrapuesto tradicionalmente lo individual a lo social o colectivo. El individual en soledad, de un lado; del otro, la pluralidad de hombres, la convivencia interpretada como colectividad o sociedad. Ortega establece una distinción esencial, que abre la vía a una sociología nueva. Dentro de la convivencia hay dos formas muy distintas. Una de ellas es la *interindividualidad*, la relación de dos o más individuos *como tales*: el amor, la amistad, etc., son hechos interindividuales. convivencia de individuos personales en cuanto personas; en lo interindividual no se sale de la vida individual, de la vida *sensu stricto*. La otra forma, en cambio, es la propiamente *social*; es impersonal, no es espontánea ni responsable. El hombre es mero ejecutor de la acción social, de un modo mecánico.

Los hechos sociales son primariamente los usos. No emergen originariamente del individuo, son impuestos por la sociedad, por la *gente*. Los usos son *irracionales* e *impersonales*. Son “vida social o colectiva”, algo muy extraño, que es vida, pero sin algunos de sus caracteres esenciales, algo intermedio entre la naturaleza y el hombre, una cuasi naturaleza. No hay *alma colectiva*. “La sociedad, la colectividad, es la gran desalmada, ya que es lo humano naturalizado, mecanizado y como mineralizado” (Ortega).

Estos usos nos permiten prever la conducta de los individuos que no conocemos, permiten a casi-convivencia con el extraño. Además, nos dan la herencia del pasado, y nos ponen a la altura de los tiempos; por eso puede haber progreso e historia: porque hay sociedad. Los usos, al dar resultados y automatizadas muchas porciones de la vida, dan al hombre franquía para lo más personal y permiten “crear lo nuevo, racional y más perfecto”. Pero hay que advertir que, si los hombres son sociales, son

también insociables. La sociedad no existe nunca de un modo estable, sino como esfuerzo por superar la disociación y la insociabilidad; es siempre problemática. De ahí sus conexiones con el mando, la política y el Estado, que "son siempre, en última instancia, violencia, menor en las sazones mejores, tremenda en las crisis sociales. Lo colectivo *le pasa* al hombre en su vida individual.» [Julián Marías: *Historia de la filosofía*. Madrid: Revista de Occidente, 1965, p. 453-454]

Qué es filosofía (1958 – Obra póstuma)

«En febrero de 1929 comencé un curso en la Universidad de Madrid titulado *¿Qué es filosofía?* El cierre de la Universidad por causas políticas y mi dimisión consiguiente me obligaron a continuarlo en la profanidad de un teatro.» (Ortega)

«Este curso fue el primero de filosofía pura explicado en España fuera de una Universidad, ante el público más heterogéneo que cabe imaginar, constituido no sólo por "profesionales", sino también y en mayor número prohombres ignorados cuya afición a semejantes temas no podría sospecharse. Fue un acontecimiento insólito, inesperado.» [Nota preliminar de los compiladores]

La idea de principio en Leibniz y la evolución de la teoría deductiva (1958 – Obra póstuma)

«Este libro inédito de Ortega reúne, dentro de la bibliografía orteguiana, características singulares. Es, con mucho, el libro más extenso de Ortega (casi 450 páginas), pese a estar incompleto –le faltan los capítulos II y III, precisamente aquellos destinados a exponer el tema titular de la obra–. Es también un libro «técnico» tanto por su tema como por su ejecución. En él asoman abundantes citas de escolásticos (Escoto, Aquasparta, Suárez, Arriaga...) y de matemáticos (Euclides, Hilbert). Julián Marías ha sentido la tentación de decir que este libro es el más importante de Ortega, de todo cuanto escribió en su vida y, más aún, que es el libro más importante publicado en lo que va de siglo. La segunda tentación es, sin duda, hiperbólica, pero la primera está plenamente justificada.» (Gustavo Bueno)

«Formal o informalmente, el conocimiento es siempre contemplación de algo a través de un principio. En la ciencia esto se formaliza y se convierte en método o procedimiento deliberado: los datos del problema son referidos a un principio que los «explica».

En filosofía esto se lleva al extremo, y no solo se procura (explicar) las cosas desde sus principios, sino que se exige de estos principios que sean últimos, esto es, en sentido radical (principios).» (Ortega)

Una interpretación de la Historia Universal (1960 – Obra póstuma)

«El prospecto que divulgaba la creación del "Instituto de Humanidades" prometía la intervención de su fundador mediante un curso de doce lecciones *Sobre una nueva interpretación de la Historia Universal*.

(Exposición y examen de la obra de A. Toynbee, *A Study of History*). Pero el alcance del curso (1948-49) excedió con mucho a ese anuncio, pues el examen consistió, principalmente, en una crítica de la obra desde las propias doctrinas de Ortega y el despliegue de sus personales ideas acerca de la ciencia histórica y el proceso de los pueblos –en particular el romano–, con frecuentes excursiones de intención sistemática a la crisis del tiempo presente.

El tema central de estas páginas resulta ser, según se afirma en una de ellas (p. 225), “el análisis de la vida constituida en ilegitimidad... de que son dos gigantescos ejemplos los tiempos declinantes de la República romana y los tiempos en que estamos nosotros mismos alentando”. A la crisis actual Ortega aporta un radical análisis y, a la vez, la promoción de una reforma de la inteligencia mediante la cual pueda la vida contemporánea emerger del azoramiento que padece.» (Nota preliminar de los compiladores)

En este curso sobre la historia, Ortega introduce contenidos políticos y llega a defender la legitimidad de la monarquía.

Origen y epílogo de la filosofía (1960 – Obra póstuma)

«Todo este volumen ofrece un ejemplo de la razón histórica en marcha frente al tema central de la filosofía: el de su propia raíz y justificación histórica. Uno de entre los múltiples quehaceres que el hombre ha ido realizando ha consistido en hacer filosofía, que no ha sido ocupación permanente de la humanidad, “sino que –afirma Ortega en este libro– surgió un día en Grecia y ha llegado ciertamente hasta nosotros, pero sin garantía ninguna de su futura continuación”.

Y agrega, “Sin que yo ahora pretenda expresar opinión formal sobre el asunto, me permito insinuar la posibilidad de que lo que ahora empezamos a hacer bajo el pabellón tradicional de la filosofía no es una nueva filosofía sino algo nuevo y diferente a toda filosofía”.

A pesar de estar inconclusos, estos escritos significan un paso decisivo en el planteamiento del problema de lo que la filosofía es –su mismidad– tal como se descubre a la razón histórica al contemplar en vista panorámica la totalidad de su pasado e intentar reconstruir el dramático suceso de su origen.» [Nota preliminar de los compiladores]

Meditación de Europa (1960 – Obra póstuma)

«En septiembre de 1949, dio Ortega, en Berlín, una conferencia con el título *De Europa meditatio quaedam*. Posteriormente revisó y amplió su contenido con el propósito de proceder a su edición en un libro que se publicaría en versión alemana.

Pero este proyecto no fue realizado y el texto ha aparecido inacabado tal y como hoy lo ofrecemos al lector.» [Nota preliminar de los compiladores]

«Uno de los más graves errores del pensamiento “moderno”, cuyas salpicaduras aún padecemos, ha sido confundir la sociedad con la asociación, que es, aproximadamente, lo contrario de aquélla. Una sociedad no se constituye por acuerdo de las voluntades.

Al revés, todo acuerdo de voluntades presupone la existencia de una sociedad, de gentes que conviven, y el acuerdo no puede consistir sino en precisar una u otra forma de esa convivencia, de esa sociedad preexistente.

La idea de la sociedad como reunión contractual, por tanto, jurídica es el más insensato ensayo que se ha hecho de poner la carreta delante de los bueyes.

Porque el derecho, la realidad “derecho” –no las ideas sobre él del filósofo, jurista o demagogo– es, si se me tolera la expresión barroca, secreción espontánea de la sociedad y no puede ser otra cosa.

Querer que el derecho rijas las relaciones entre seres que previamente no viven en efectiva sociedad, me parece –y perdóneseme la insolencia– tener una idea bastante confusa y ridícula de lo que el derecho es. [...]

Quería insinuar que los pueblos europeos son desde hace mucho tiempo una sociedad, una colectividad en el mismo sentido que tienen estas palabras aplicadas a cada una de las naciones que integran aquélla. Esa sociedad manifiesta todos los atributos de tal: hay costumbres europeas, usos europeos, opinión pública europea, derecho europeo, poder público europeo.

Pero todos estos fenómenos sociales se dan en la forma adecuada al estado de evolución en que se encuentra la sociedad europea, que es, claro está, tan avanzado como el de sus miembros componentes, las naciones.» (Ortega)

Pasado y porvenir para el hombre actual (1962 – Obra póstuma)

«Nuestra civilización sabe que sus principios están en quiebra –volatilizados–, y por eso duda de sí misma. Bien; no parece que ninguna civilización haya muerto, y con una muerte total, por un ataque de duda. Me parece más bien recordar que las civilizaciones han precedido por la razón contraria –por petrificación o arterioesclerosis de sus creencias–.

Todo esto significa claramente que las formas cultivada hasta aquí por nuestra civilización –o, con más exactitud, por los occidentales– están agotadas y exhaustas, pero que, por ello mismo, nuestra civilización se siente impulsada y obligada a inventar formas radicalmente nuevas.

Hemos llegado a un momento, señoras y señores, en el que no tenemos otra solución que inventar, e inventar en todos los órdenes. No cabe proponer tarea más deliciosa. ¡Pues bien, ustedes los jóvenes –muchachos y muchachas–, a ello!» (Ortega)

EDICIÓN DE LAS OBRAS COMPLETAS DE ORTEGA Y GASSET

Ortega y Gasset, José: *Obras completas*. Madrid: Editorial Taurus, 10 volúmenes (Santillana Ediciones Generales/Fundación José Ortega y Gasset, en coedición).

El proceso de publicación ha terminado (2004-2010):

Tomo I (1902–1915). 2004.

Tomo II (1916). 2004.

Tomo III (1917–1925). 2005.

Tomo IV (1926–1931). 2005.

Tomo V (1932–1940). 2006.

Tomo VI (1941–1955). 2006.

Tomo VII (1902–1925). *Obra póstuma*. 2007.

Tomo VIII (1926–1932). *Obra póstuma*. 2008.

Tomo IX (1933–1948). *Obra póstuma*. 2009.

Tomo X (1949–1955). *Obra póstuma*. 2010.

SEMBLANZA DE JOSÉ ORTEGA Y GASSET

¡Qué deleite dejar pasar delante a todos: al guerrero, al sacerdote, al capitán de industria, al futbolista... Y de tiempo en tiempo disparar sobre ellos una idea magnífica, exacta, bien madurecida, llena toda de luz.
[Ortega y Gasset]



«Nuestro padre tenía amor a la lectura, respeto y admiración de la cultura y un gusto literario que me atrevo a calificar de excepcional. Es explicable que el contagio de tan hermosas prendas recayera en el temperamento de mis hermanos. Nuestras tertulias de mesa no se vieron nunca frecuentadas por los temas vulgares, bien que no fueran jamás académicas, pedantes ni eruditas. El carácter vivaz de un niño como Pepe no se queda en agudezas de ingenio ni en gracias y monadas. No le rozó jamás el concepto de niño prodigio, ni eran sus ocurrencias de esas que el buen padrasto del Gran Prólogo “cuenta a sus amigos por agudezas y donaires”. Apuntó en él decisivamente un espíritu crítico indomable, y cuadraba al tono habitual de sus actividades la palabra *opiniâtre* [contumaz, pertinaz]. No era la suya una travesura vulgar del niño inaguantable que amontona sillas y que tira por la casa los garbanzos de pega que nos comprábamos en el Bazar Chino. Porque el genio excluye lo vulgar: sentía ya invencible repulsión de lo chabacano, lo obvio y lo que sonaba a falso o convencional. Taras de

vulgaridad de las que nuestro recinto selecto podía verse totalmente libre. [...]

Las lecturas de mi padre habían sido copiosas, pero desordenadas y totalmente desprovistas de guía. Eran galdosiano ferviente y devoto de Valera. Creo poder decir que no había leído absolutamente nada de filosofía, y que si en algún modo se acercó al ensayo fue en lo que de ensayista tuvo don Juan Valera. Había devorado la novelaría francesa, y contagió a sus hijos su admiración por Balzac, y me parece que fue este el primer horizonte literario que estimuló la afición de Pepe. La adoración a Dickens concluía el acervo cultural de mi padre.

Todo este caudal de sugerencias iba desgranándose a lo largo de las sobremesas de nuestra comida nocturna, sobremesas que eran larguísimas. Andando el tiempo, estas sobremesas se hicieron tertulias numerosas, a las que concurrían habitualmente personas de la intimidad familiar y de los medios periodístico y político. Precisamente de esta circunfusa de los hombres del oficio pienso que vino a mi hermano su gusto del *argot* periodístico, y muy pronto se encontró poseído por el amor al periódico como medio de expresión más propia y efectiva para el alcanza de muchedumbres. [...]

Mis hermanos empezaron a oír de niños cosas que no se oyen hasta que ha pasado la adolescencia. El amor de Pepe a la lectura empezó pronto a desenfrenarse. Hacíamos una vida excesivamente recogida, y durante las vacaciones del verano se leía sin tregua, sin orden ni jerarquía. Y algo se resintieron los nervios de Pepe: pasaba malas noches y tenía propensión a las pesadillas y aun al sonambulismo.» [Manuel Ortega y Gasset (hermano menor de Ortega): *Niñez y mocedad de Ortega*. Madrid: C.L.A.V.E, 1964, p. 38-39 y 42-43]



«Oír a Ortega fue durante algún tiempo grato menester semanal que se guarda con ilusión. Y el orador va contando a sus gentes el largo idilio del pensamiento.

Sabía muy bien Ortega sujetar a sus oyentes con su tono medio de voz grave y clarísima de plática amable, el destello de sus ojos, el gesto seguro del que se sabe castigador y sabe disimularlo estupendamente con la destreza maniobrera de un ademán sobrio y archidistinguido.

Había siempre la minoría –ellos y ellas– que seguían las disertaciones con lápices y pequeños blocs de cuartillas. Buen golpe de concurrentes acudía a las conferencias de Ortega para verse unos a otros, porque hacía años que se había acabado el Teatro Real. Y la muchachada femenina y aun las señoras de porte, fascinadas por la gracia expresiva de Ortega, salían altamente complacidas con los oídos llenos de bellas palabras y creyendo que se habían apoderado de ideas muy profundas.

Como síntesis de mi experiencia personal, me atreveré a decir que el que leyó a Ortega lo medio entendió, y el que le oyó se le entregó sin reservas. [...]

Ortega heredó la técnica tertuliana de nuestro padre, bien que le superase en ello, ciertamente, porque tenía más genio y un bagaje de cultura incomparablemente mayor. Aquel, que nunca pudo ser orador, atesoraba fluidez verbal, casi exagerada, dentro de los cercados semifamiliares. Mas coincidían el padre y el hijo en un rasgo muy curioso: diremos que ni uno ni otro "pitaban" si no sentían lastrado su ánimo con un fondo de alegría y optimismo que les encebaba el humor. Cualquier signo adverso en sus horizontes, fuesen del oficio o del flanco de la libre ilusión, quebrábales la jovialidad de sus talentos. Para Ortega, la insatisfacción era una enfermedad que él denominaba "vagotonía". Por fortuna, los salvaba su extrema impresionabilidad, y un simple bulo de buen cariz vertido por el recién llegado más insignificante restauraba en ellos el contento.

Cuidaba Ortega su tertulia con lujo de expedientes, porque la necesitaba como sustitutivo de la tribuna, de la paridad sujeto-auditorio, que era su ambiente vital. El público enfrente era para Ortega lo que es la cuartilla en blanco para el escritor que se siente atestado de cosas que decir. Dialéctica, narración, el tema cerebral y el cuento de alcance y consistencia teóricos. [...]

"Me gustaría disponer de un púlpito", decir Ortega algunas veces. El esbozo metafórico pinta muy graciosamente, pero también con fuerza sumamente acusada lo que era realmente para Ortega verse ante un público. Intelectual a fondo, solo sentíase vivir cuando vivía como tal y vivir intelectualmente es actuar. Si Ortega no actuaba, vivía a medias.

No haya de pensarse, por lo que acabamos de decir, que no tuviera Ortega una vida normal llena de simpatía y de afabilidad. Extremaba su dulzura con el mediocre y todo el que estaba junto a él sentíase con él en plena igualdad.

Altamente justiciero, colocábase junto al perseguido en los más comprometidos ambientes. [...] Sabía dejar a cada cual que siguiera a su aire. [...]

Se ha desatendido la circunstancia de que Pepe Ortega era hijo de un profesional de las letras; que era hijo de un hombre de talento. Y es lógico plantearse el interrogante acerca del juicio que fue mereciendo del padre la obra del hijo a medida que iba entrando en la vida profesional.

Supo Ortega definir y reducir las discrepancias inevitables entre las dos generaciones en esta bella frase que le oí en uno de los ratos de intimidad: "No, nuestro padre no sabía lo que era la razón vital, porque la había engendrado". No recuerdo haber oído a nadie de mis alrededores mostrar curiosidad sobre lo que decía el padre de la labor de Pepe.

Veía en la escritura de Pepe un estilo alambicado sirviendo motivos remotos y abstrusos. *Superfetaciones*, parecían a nuestro padre los artículos de Pepe. Tal era su palabra. Ortega Munilla no había oído hablar a su hijo ni una sola vez. Y cuando le oyó hablar por primera vez en un recinto ilustre de la capital argentina, en 1916, quedó de tal suerte fascinado por aquella habla mágica que le ocasionó una efectiva conmoción moral al gran periodista que conservaba el recuerdo de la que estimaba oratoria sublime de Cristino Martos, que llegaba a anteponer en su veneración a la del propio Castelar. [...]

Y el hombre maduro, poseído de resabios gremiales, pero lastrado en el fondo de su ser de un impecable sentido justiciero, franqueó a los temas cerebrales la tribuna más eminente del tiempo, *El Imparcial*, en sus "Lunes" y en sus hojas cotidianas.

Y en España se empezó a leer. "Que aprendan a leer los que no saben y que los que saben, lean" (Ortega y Munilla).

Cual si se tratara de uno de esos aforismos que vienen repitiéndose en servicio de un bien fundamental para el hombre, vinieron trabajando el padre y el hijo, cada cual desde su puesto. [...]

Metido ya en la Prensa, veíase rodeado de amigos y compinches. Ortega era ya un valor literario inequívoco y creciente, pero que era además la pieza aprehensible de aquel desiderátum de los escritores meritorios del tiempo: *El Imparcial*, "¡Los Lunes!", de los que muchos rodeaban a mi hermano con sincera y efectiva amistad, pero eran bastantes los que acudían a él buscando la cercanía de lo inasequible, lo inasequible era Ortega Munilla. [...]

Para todos hubo mediación archibenévola de Ortega. A todos hizo todo el bien que pudo. [...] Una de las características de Ortega ha sido cohonestar el genio con la sencillez. A este pensador, creador de una filosofía, le encantaba el "Trifinus melancholicus" de Pérez Zúñiga y se regodeaba sin la menor cortedad de aquellas tiradas de disparates que escribían los humoristas de *Blanco y Negro*: "Mi querido ambreba, soy el bérzamo de las deshabladas".

Difundía, en suma, en sus ratos *agremiales*, un copiosísimo efluvio de jovialidad. Y con decir que se volcaba en favor de los castigados por la suerte y que acogía fraternalmente incluso a esos desechos que decreta la sociedad por motivos difíciles de justificar y que amaba al tontorra sin restricciones, hemos completado el retrato moral de Ortega. [...]

No he conocido escritor sin vanidad inaguantable; no he conocido escritor que no odie al que ocupa una cierta extensión editorial en los periódicos que podría reservársele a él mismo, ni he conocido a nadie sin envidia. Pues bien, jamás percibí en Ortega ni la sombra de la vanidad del literato ni la envidia del oficio.

Cuidó Ortega con todo honor de su gremio intelectual; mas con todo honor fue de su gremio y a mi entender el gremio hurta a la familia la realidad amable del íntimo. Por eso yo he malquerido al gremio en el padre y en el hermano. ¡Qué le vamos a hacer!» [Manuel Ortega y Gasset (hermano menor de Ortega): *Niñez y mocedad de Ortega*. Madrid: C.L.A.V.E, 1964, p. 14 ss]



El discípulo de Ortega, el filósofo Julián Marías, relata, en una de las páginas de su libro *La Escuela de Madrid*, cómo conoció a Ortega y Gasset la impresión que la causó sus clases:

«Lo conocí a Ortega en la facultad de Filosofía y Letras de Madrid, en el aula del Pabellón Valdecilla de la vieja Universidad, después de haber pasado por la prueba del fuego intelectual de un curso de Zubiri. “Principios de Metafísica según la Razón Vital”, anunciaba la cátedra de Ortega. Cuando entró en el aula miré por primera vez su rostro: grave y a la vez amistoso, surcado de arrugas profundas, con algo de labrador y de emperador romano al mismo tiempo. Los ojos claros, penetrantes, pero sin dureza; no atravesaban como el acero, sino como la luz.

De cuando en cuando se le encendía la faz con una sonrisa alegre y caliente, con un relámpago de gracia española. Empezó a hablar. Acaso su voz era lo primero que decía quién era Ortega; estaba todo en ello. Grave, a veces ronca; notas bajas, dramáticas, al final de las frases; llena de matices expresivos.

Las palabras parecían rodar entre los dientes, salir de entre sus labios, destinadas precisamente a cada uno de nosotros. Las palabras eran en su boca más palabras que en otra alguna. No en vano ha sido Ortega uno de los dos últimos retóricos de nuestro tiempo –el otro es Churchill–. Las manos de Ortega, sobre la mesa, iban diciendo su parte con sobrios, elegantes gestos mediterráneos; gravedad y gracia juntas en un ademán.» [Julián Marías: *La escuela de Madrid*. Madrid: Revista de Occidente, 1959, p. 218]



«Al lado de Victoria Ocampo, tan alta y señorial, Ortega tira invenciblemente a bajito. Pero fue quien puso en orden de batalla a sus soldados cuando todavía no eran soldados, pero él ya era su capitán. No sólo emperador, como entre los aborrecidos jesuitas de la infancia, sino directamente capitán que llama al arma a sus mesnadas para seguir propinando descargas escritas y orales sin freno, sin dios, sin miedo y sobre todo contra todo y contra todos. Ortega es una descarga de fusilería ideológica casi desde niño, en calzón corto, cuando todavía en privado todos rezongan contra la Restauración y su sistema viciado y envilecido, contra Maura y contra Romanones, contra el Partido Conservador y contra el Partido Liberal.

La diferencia es que Ortega levanta el listón y predica la radicalidad democrática del socialismo liberal como único recurso contra la injusticia social, contra el retraso intelectual, contra la inconsistencia de una democracia fraudulenta. Estamos apenas en 1908, tiene 25 años, es visiblemente calvo y en su hermano Eduardo tiene un aliado crucial, pero pronto se sumará el resto.

Ortega crece a vista de todos en progresión incontenible en el Ateneo y en la Universidad, en la Residencia de Estudiantes y la Junta de Ampliación de Estudios, en la redacción de *El Imparcial* y en el Centro de Estudios Históricos. Está desde siempre en boca de todos por su tono, por su jovialidad, por su acometividad y por su infinita y casi angustiosa petulancia.

Y sin embargo lo quieren, lo quieren y lo admiran desde santos laicos como Francisco Giner de los Ríos hasta gente de su misma edad, como Juan Ramón Jiménez o Ramón Pérez de Ayala, o algo mayores, como Antonio Machado, Azorín y Pío Baroja. Pero el que más le quiere es el mayor de todos, y mayor en todos los sentidos, Miguel de Unamuno, rendido a la chispa y la veracidad sin acartonamiento del muchacho de veinte pocos que aún no es catedrático, que aún no ha escrito un libro y sin embargo a quien confía Unamuno el manuscrito de su libro filosófico más importante, *Del sentimiento trágico de la vida*, varios años antes de publicar el texto.

Y así sigue la biografía arrebatada de Ortega hasta 1936, cuando ha sido ya el puntal ideológico de *El Sol* desde 1917, ha fundado el semanario *España* y ha puesto en marcha una cuña de revolución cultural que se llamó *Revista de Occidente* armada con tres lanzaderas: una tertulia en forma de chequeo intelectual de la actualidad, una revista mensual en forma de observatorio de la Europa contemporánea y una editorial con funciones de carcoma tenaz del tradicionalismo católico de la España rancia. [...]

Es un luchador casi físico en las peleas en las que cree hasta 1921, cuando la experiencia y los fracasos políticos empiezan a inclinar el plano de su vida hacia el desengaño y el rencor, hacia el desdén acre que destilan tantas páginas de España invertebrada de 1922 y que intoxican la peor parte de un libro lleno de hallazgos y observaciones luminosas como *La rebelión de las masas*, entre 1929 y 1930.

Estuvo tan vivo para aquellos jóvenes como lo está hoy para el lector con afán de pensar por libre, conocer sin anteojeras y comprender con honradez. A veces basta con dejarse atrapar por una prosa vivaz y brillante, y a veces hay que resignarse al párrafo rematadamente cursi y hasta delicuescente a ratos.

Pero lo que importa de veras es la vibración de autenticidad de un pensamiento hiperactivo y efusivo, combativo y comprometido, perspicaz y desprejuiciado, jugoso y beligerante: fundamentalmente honrado, aunque se equivoque, convincente, aunque yerre, siempre estimulante al menos hasta los primeros años treinta, cerca ya de sus cincuenta años, cuando

abandona la confección de esos libros misceláneos y confesionales, dietarios disfrazados de ensayos, que tituló desde 1916 *El Espectador*.

Para entonces, sin embargo, en los años veinte toda su maquinaria intelectual se vuelca en la ratificación de sí mismo, cuando la filosofía de la razón vital va de camino a ser razón histórica y siente que con él el pensamiento conquista por fin la superación del idealismo de Occidente y postula una alianza entre irracionalidad y racionalidad como única vía de comprensión integral y resignada del hombre, su mundo y sus límites. Resignada, sí, pero sin tristeza ni amargura; al revés: feliz de desenmascarar falsos consuelos, feliz de saber qué hacer con la vida como proyecto, feliz de identificar lo iluso como ilusión inútil y cultivar como posible la ilusión de lo real: un Nietzsche civilizado.

¿Hay un Ortega fósil? Lo hay, claro que lo hay, y es a veces patéticamente vulnerable: la sustancia que lo fosiliza se llama resentimiento recrudescido de rencor y mesianismo abortado. Las heridas del amor propio deforman su prosa hacia el desdén contra la inopia bovina de las masas y sobre todo de los suyos. Y eso es lo peor, la incredulidad de quienes debían constituir las bases del futuro culto, educado, civil y europeo soñado. No atienden como deberían a sus visiones del hombre y la sociedad contemporánea, aunque él sea ya desde *El tema de nuestro tiempo* de 1923 el paraguas filosófico para el nuevo mundo que ha descubierto Albert Einstein. Ni están a la altura ni aciertan a detectar, como detecta él, el nivel que exige el presente: un pensador de la contingencia, una visión empírica de la condición humana, un dinamitador de las fantasías falseadoras, un ateo irrenunciable y primordial.

Demasiadas veces los verdaderos fósiles hemos sido nosotros, los lectores y los comentaristas, una y otra vez atados al Ortega más caduco y vulnerable —más visceral—, el de *España invertebrada*, el de sus cábalas sobre asuntos mal conocidos, el de los delirios, o revanchistas o apocalípticos, contra la villanía ética e ideológica de las masas ignaras. Pero ese es un Ortega ya turbado: el peor enemigo de Ortega fue Ortega mismo, sobre todo tras leer a Heidegger en 1928 y descubrir en él un asteroide filosófico completamente imprevisto. Por dentro le cambió la vida y unos años después la cambió por fuera, desde 1932: dejó de actuar como el insolente, provocativo, disperso y feliz ensayista de lo real para reencauzarse en una ruta que le había sido ajena, la filosofía profesional, la filosofía académica.

Pero incluso ese grave percance de su biografía intelectual se salda con una última resistencia al contagio teológico y religioso de Heidegger en dos fases: una breve y contundente en 1929 y otra prolongada y minuciosa, incluso furiosa, en *La idea de principio en Leibniz*, que es un manuscrito abandonado en 1947 tras rematar por fin su pelea privada con Heidegger, y con más razón que un santo. Cuando Ortega se olvida de sí mismo, cuando desiste de ser quien es y escribe en libertad, desatado y brioso, entonces es un ensayista arrebatado y arrebatador: el mejor antídoto

contra el idealismo embaucador, el más sugestivo intérprete de sucesos en movimiento, el más apto para fabricar en silencio, rumiando, personas libres y contingentemente felices, como lo fue él mismo: un escritor del siglo XXI.»

[Jordi Gracia, en *El País* – 17 MAY 2014. Jordi Gracia es profesor y ensayista. Es autor de la biografía Ortega y Gasset, de inminente aparición en Taurus.]

LA MUERTE DE ORTEGA Y GASSET Y LA GENERACIÓN DE 1956

por José Luis Abellán

[*Triunfo*, Madrid, 23 de junio de 1979 – año XXXIII, núm. 856, pp. 58-60]

«El 18 de octubre de 1955, a las once de la mañana, Ortega murió, sin que los periódicos hubiesen adelantado la menor información. Sólo la familia y algunos de los discípulos más íntimos velaron aquella noche el cadáver. Fernando Vela, Emilio García Gómez, José Ruiz Castillo, Julián Marías, Paulino Garagorri y Germán Bleiberg pasaron la noche en una habitación próxima a la del difunto, leyendo las páginas que el maestro había escrito sobre el tema de la muerte.

Hasta ese momento todo había transcurrido en la mayor intimidad. A finales de septiembre, su hijo Miguel y don Teófilo Hernando la diagnosticaron un cáncer de estómago muy difícil de extirpar. Llamaron al doctor Pascual G. Duarte, que se encontraba veraneando en Fuenterrabía y el 12 de octubre fue operado en el sanatorio Rúber.

Según palabras del propio cirujano, cuando le abrió el cáncer, “ya no estaba en un órgano, en este caso el estómago, sino en todo el organismo de esa parte, así que nos limitamos a hacerle una cosa paliativa, para, por lo menos, evitarle sufrimientos que habían de venirle en el curso de la enfermedad”. Se le trasladó a su domicilio particular, y pasó los últimos días con intervalos de lucidez e inconsciencia, hasta caer en coma profundo.

En los últimos momentos le atendieron los doctores amigos, Gregorio Marañón y Teófilo Hernando, este último certificó la defunción. El padre Félix García, agustino, había sido llamado a petición de doña Rosa Spottorno, esposa del enfermo, llegando a administrarle la absolución “sub conditione”, y con la aquiescencia del mismo, según palabras de dicho padre.

Sin embargo, las pocas palabras que recogieron los familiares y amigos no dan el menor pie para hablar de una conversión o cosa parecida. Al doctor Hernando le dijo: “Quiero concentrarme para darme cuenta de la situación, y no puedo.” A su esposa le dijo también algo semejante “Rosa, orientame. “No veo claro lo que ocurre”.

Como decíamos antes, todo esto transcurrió en la mayor intimidad. Al día siguiente –19 de octubre– la noticia no podía ocultarse por más tiempo. Saltó a las primeras páginas de los periódicos nacionales y extranjeros. Se

hablaba del primer pensador español del siglo XX, de una de las cabezas más lúcidas del mundo, del gran filósofo de la cultura. Cuando aquella mañana fui a la Universidad comprobé que se había declarado día de luto oficial y me encontré con que todos mis compañeros habían reaccionado con el mismo estupor e indignación con que yo lo había hecho en solitario unos días antes. El que a muy pocos pasos de las aulas universitarias hubiera muerto el pensador español más eminente del siglo XX, sin que ninguno de nosotros hubiéramos tenido la menor oportunidad de oír su voz ni de escuchar sus enseñanzas, se convertía automáticamente en una acusación rotunda e inequívoca contra el régimen político que tales cosas permitía. La reacción fue contundente y violenta.

Sin duda esta reacción había sido anticipadamente prevista por hombres de buena fe que no obedecían al estereotipo estúpido y brutal del franquismo. Me refiero a Pedro Laín Entralgo y F. J. Sánchez Cantón, rector el primero de la Universidad de Madrid, y decano el segundo de la Facultad de Filosofía y Letras, quienes por aquellos años ocupaban dichos cargos, bajo el ministerio de Ruiz-Giménez en Educación Nacional desde 1951. En 1953 cumplía Ortega y Gasset los setenta años, que es –como se sabe– la edad de jubilación oficial, y Laín y Sánchez Cantón se presentaron personalmente en la casa del filósofo para ofrecerle lo que indudablemente tenía caracteres de reparación académica y pública. La conversación ha sido transcrita por el primero de ellos en los siguientes términos:

—Venimos, don José, para rogarle que se despida de su vida académica con un curso o un cursillo en la Facultad de Filosofía y Letras, al término del cual se celebraría un acto en que la Universidad podría proclamar su deuda con usted y su agradecimiento.

—Pero, ¿no se da usted cuenta de que, para usted como rector, puede tener ese acto consecuencias enojosas? –replicó Ortega.

—No las excluyo –afirmó Laín–, y quiero decirle muy expresamente que desde ahora Cantón y yo ponemos nuestros cargos en este ruego que le hacemos.

—Les agradezco mucho su gestión, pero por esas razones a que usted mismo ha aludido, no me es posible aceptarla.

Volvieron a insistir Laín y Sánchez Cantón con nuevas razones y argumentos, y volvió a negarse Ortega de modo cordial, pero terminante.

—Me duele su resolución, don José –le dijo el entonces rector ya en la despedida–, y desearía que fuese otra: pero, por supuesto, la comprendo.

Quizá si aquel intento hubiese tenido éxito se hubiese aminorado la violenta reacción estudiantil de 1955. Pero, tal y como se produjeron los hechos, esta era inevitable, y llegó a adquirir caracteres de radical oposición política al régimen imperante. La mañana del entierro de Ortega, el día 19 de octubre, miles de estudiantes se personaron en la casa mortuoria, ocupando prácticamente toda la calle Montesquiza, donde se encontraba aquélla.

Pocos días después, el 21, decidíamos los estudiantes universitarios hacer nuestro propio homenaje al filósofo desaparecido, manifestándonos en contra de la manipulación ideológica que se había hecho de su muerte. La prensa –sin duda obedeciendo órdenes del Gobierno– había hablado de arrepentimiento y conversión católica a última hora, tomando pie en la presencia del padre Félix García, a quien antes mencionamos, en los últimos momentos de la vida del filósofo. Esto era una manipulación indigna que pretendía desvirtuar una vida que –según propias manifestaciones– había pretendido conformarse “católicamente” en todos sus actos.

Los estudiantes de Filosofía así lo entendimos entonces, y los hechos han venido a darnos la razón. El día 23 de octubre, los hijos de Ortega escribieron una carta al entonces ministro de Educación Nacional, Joaquín Ruiz-Giménez, cuya publicación fue prohibida en España. Una parte de esa carta fue reproducida muchos años después –28 de mayo de 1975– en el diario ABC, dentro de otra que los citados hijos de Ortega dirigieron al director del mismo para salir al paso de nuevas afirmaciones del padre Félix García sobre la muerte del filósofo, del que afirmaba:

“He dicho alguna vez que Ortega murió cristianamente, frente a lo que dicen algunos, y cristianamente además se le llevó al cementerio” (ABC, 27 abril 1975). A contrapelo de esa opinión he aquí lo que dicen los hijos –Miguel, Soledad, José– del pensador: “Nuestro angustioso cuidado –una vez descartada la posibilidad de restablecer su salud– se centró en procurar respetar su conciencia que, ya obnubilada, no nos podía decir nada concreto. Que nuestro padre puso durante toda su vida –y a la vez que Dios estuvo presente en su obra– el más pulcro cuidado, dentro del máximo respeto, de que todos sus actos –aun los que pudieran parecer más nimios– mostrasen su voluntad de vivir 'acatólicamente' es cosa de que no cabe a nadie la menor duda. Y de que, aun horas antes de la operación seguía en el mismo sentimiento y en semejante actitud, no nos cabe duda tampoco a nosotros, por cosas que nos dijo en esos momentos. Después de la operación sólo Dios lo sabe. Atendimos el deseo ferviente de nuestra madre de que lo visitase el padre Félix García, por cuya persona y por cuya orden había tenido nuestro padre siempre clara simpatía, y el padre Félix, según nos dijo, le administró la absolución 'sub conditione' con la aquiescencia de nuestro padre. Si esto lo hizo con la cabeza clara –que hasta ese mismo instante, y en la medida que los ojos humanos de los médicos y de la familia pueden juzgar, estaba impresionantemente perdida– si lo hizo con la conciencia disminuida, es punto que, como ha dicho el padre Félix en su artículo de ABC (19 octubre 1955) –en el que demuestra tener gran corazón e inteligencia– pertenece al misterio de Dios.”

La manipulación de los que aseguraban que Ortega había pedido un sacerdote a última hora y recibido los sacramentos, era evidente a todas luces, y los estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras decidimos llevar a cabo nuestro propio homenaje más acorde con el espíritu del filósofo. Se

compró una corona de laurel y se realizó una convocatoria en el patio de la Universidad Central (entonces en el caserón de San Bernardo).

Allí se leyeron páginas de Misión de la Universidad, de La rebelión de las masas y de El tema de nuestro tiempo. A continuación, se inició una marcha que terminó en la Sacramental de San Isidro, donde se hallaba la tumba de Ortega. Uno de nosotros –no recuerdo ahora quién– leyó las siguientes palabras:

“Este homenaje póstumo a Ortega y Gasset, catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras, es el homenaje de los que pudimos haber sido discípulos suyos, de los que no lo somos y estamos sufriendo el vacío que él dejó al abandonar, por causas conocidas, su cátedra de Metafísica. Es el homenaje de la juventud universitaria, de los universitarios sin Universidad que somos, de los que hemos tenido que aprender muchas cosas fuera de las aulas, en libros que no son los de texto, en idiomas que no son el español.

Somos discípulos sin maestro. Entre Ortega y Gasset y nosotros hay un espacio vacío o mal ocupado. Notamos cada día que falta algo, que nos falta alguien. Nadie nos dice qué es estudiar, cómo debemos estudiar, para qué estudiamos. Nadie nos dice para qué vale la Universidad. Y estamos seguros ya de que vale para muy poco, y de que es necesario cambiarla mucho. Pero nadie nos dice cómo, nadie defiende que nosotros somos la base de la Universidad.

Hace muchos años, Ortega y Gasset contestó a estas preguntas, dio satisfacción a estas exigencias nuestras. Su obra de filósofo universal no desdeña la preocupación por nosotros. Nos estudia, nos analiza, nos comprende. Sobre todo, nos comprende y nos tiene en cuenta. Pero todo esto, las magníficas enseñanzas de Ortega y Gasset, sus libros, no nos han llegado a través de las cátedras. Algunos, desgraciadamente no demasiados, hemos buscado los libros de nuestro primer filósofo y los hemos leído. Otros, desgraciadamente muchos, no sabemos casi nada de Ortega y Gasset. Seamos sinceros. Y él hubiera sido el maestro que necesitamos.

José Ortega y Gasset ha muerto hace cuatro días. La Universidad ha guardado su luto oficial. Nosotros, los universitarios, debemos demostrar aquí el nuestro. Y algo más.

Porque no está todo perdido. Aún podemos, de algún modo, ser discípulos suyos. Aún podemos ser una juventud con maestro. José Ortega y Gasset ha muerto. Pero quedan sus libros.

Nuestro mejor homenaje debe ser el silencio. Un silencio de discípulos que se preparan a oír la voz del maestro. Nos va a dar la clase. Es la última, pero nosotros podemos hacer que sea también la primera.

Silencio. José Ortega y Gasset, hombre de España, filósofo universal, amigo de la juventud universitaria, ha muerto.

Silencio. Quedan sus libros, y aún podemos ser discípulos de él a través de ellos.

Silencio. Sus libros van a hablar por él, sus libros ocupan hoy la cátedra que dejó vacía.

La clase ha comenzado.”

Estas palabras, y los textos que a continuación se leyeron de España invertebrada y de Castilla y sus castillos, nos hablan claramente de una conciencia generacional, que se expresó a través de otras manifestaciones: la publicación de la revista *Aldebarán*; la convocatoria de un I Congreso de Escritores Jóvenes, de clara intencionalidad política... *Aldebarán* fue quizá el primer órgano de expresión de la que en justicia puede llamarse generación de 1956.

Precisamente, con motivo de la muerte de Ortega, Javier Muguerza escribía allí un artículo titulado “Magisterio, generación, presente”, donde entre otras cosas decía: “No cabe duda que la nuestra, siguiente en la línea de las generaciones de nuestro tiempo, se perfilará más, y sobre todo, en esta reducida faceta de lo nacional, como generación de combate, que como dócil a lo autoridad del pasado. Pertenece a lo que Ortega llama 'época eliminadora o polémica' en contraposición a las 'épocas cumulativas'; pero hay que hacer notar que esa indocilidad no provendrá de la disconformidad con una obra ni siquiera recibida, y aquí habría de nuevo que considerar el grado de culpabilidad a que nuestra desgana nos hace acreedores, tanto como del pasmo sano ante la obra por hacer que no parece sino estar aguardándonos.”

Junto a estas actividades, diversos acontecimientos fueron fortaleciendo esa inicial conciencia generacional. Los estudiantes de la sección de Filosofía exigimos a las autoridades universitarias un homenaje de la Facultad a quien había sido catedrático de Metafísica desde 1910. Se produjeron dilaciones, pero a la larga la negativa era imposible. Al fin, se celebró un acto en memoria suya el 18 de noviembre, que tuvo lugar en el Paraninfo de la Facultad de Letras; en él hablaron el entonces decano, F. J. Sánchez Cantón; los catedráticos González Álvarez, García Gómez, Garrigues, Gregorio Marañón, el estudiante de Filosofía Lucio García Ortega, y cerró el acto el rector, Pedro Laín Entralgo.

La frase más aplaudida, y que creó delirante entusiasmo entre los presentes, fue aquella en que Marañón reafirmó su hondo liberalismo: “No hablo del derecho a la crítica –dijo–, que en mí, puesto que soy liberal, es un derecho sagrado.” Pero la voz de la conciencia estudiantil se expresó a través del citado estudiante, quien, entre otras cosas dijo: “Ortega es para nosotros una experiencia solitaria, una aventura personal. De él apenas se puede hablar.

Los que le critican y los estusiastas, tanto como esa casta de los compasivos –siempre numerosa en torno a los grandes hombres–, no hacen más que

hablar de sí mismos” ... “Cada uno se ha encontrado con sus libros por su cuenta y riesgo. A unos pocos quizá les fuera aconsejado, a muchos nos fue lectura furtiva y otros le habrán descubierto porque si..., como se descubren todas las cosas” ... “Nunca supimos dónde estaba, y cuando lo sabíamos podía estar ya en otro sitio. Cuando esperábamos su libro siempre fue otro el libro que tuvimos. Cuando parecía una costumbre, cuando casi iba a serlo para nosotros, murió.”

Los ánimos, sin embargo, no se aplacaron con ese frío homenaje académico, y al reiniciarse el curso, tras las vacaciones navideñas, el ambiente universitario se hallaba muy caldeado. No tardaron en surgir incidentes, que culminaron en enfrentamientos muy violentos, en el curso de uno de los cuales fue gravísimamente herido el estudiante Miguel Álvarez. Se produjo una honda crisis política, pero no es este el lugar adecuado para narrarla. Aquí basta con apuntar el nacimiento de una nueva conciencia generacional en 1956, que tuvo su explosión inicial con la muerte de Ortega y Gasset.»

[Impressum](#) | [Datenschutzerklärung und Cookies](#)

Copyright © [Hispanoteca](#) – 2022 – Alle Rechte vorbehalten